EUCARISTIA

El amor de los amores

EUCARISTIA

El amor de los amores

MISTERIO - COMUNION - SACRIFICIO

POR

MONS. Z. ARAMBURU, S.J.

Obispo de Wuhu

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

(Con licencia eclesiástica)

D.L. GR-526-95
ISBN: 84-7770-269-1

Impreso en España
Complejo Gráfico Andaluz, S.L.
Ctra. Benalua, 21
Purullena 18519 (Granada)

PROLOGO

Quisiera contribuir con algo a las grandiosas manifestaciones de adoración y de amor que brotarán de miles de corazones en el Congreso Eucarístico de Bombay.

Los santos no hallan palabras para alabar a Dios y rendirle gracias por el estupendo beneficio de la Eucaristía. San Bernardo la llama «amor de los amores». Otro santo Padre dice que es «el milagro de los milagros», la culminación de todos los sacramentos, la obra maestra de Dios, el sacramento más divino, el más augusto, el santísimo y dulcísimo misterio.

¡Y pensar que hay hombres que lo niegan, que dicen que lo que los católicos adoramos no pasa de ser un poco de pan y que por lo mismo cometemos un acto de idolatría cuando nos postramos reverentes ante la Hostia Santa! Es posible que el hombre, dé un feo tan escandaloso a Dios, cuyas riquezas infinitas, cuyo amor a la humanidad no quiere reconocer, antes las desdeña, las desprecia diciendo: «No hay tal, la Eucaristía, tal como la entendéis, es un error crasísimo. Jesucristo no está en el altar; no es

Jesucristo a quien adoráis; a lo más, le tributáis un piadoso recuerdo de la Ultima Cena y de sus últimos consejos. Jesucristo, ahora está sólo en el cielo.

Se repite todavía la escena que nos describe San Juan en el Cap. 6 de su Evangelio. Cuando Jesucristo anunció a los judíos que les daría su carne a comer y su sangre a beber, éstos se escandalizaron y diciendo que aquellas palabras eran duras de creer, le abandonaron. Hoy sucede lo mismo. Los hombres, como que quieren taparse los oídos y rechazar las dulcísimas palabras del Señor que dice: «Yo estoy con vosotros; vivo entre vosotros. Yo, el mismo que predicaba y obraba milagros durante mi vida mortal; pero ahora oculto bajo las especies de pan y vino.»

No lo creemos, responden los hombres. Jesucristo no está real y verdaderamente en la Eucaristía Eso no puede ser.

Quiero interrumpirme aquí para expresar un sentimiento mío muy antiguo y comunicarlo a mis lectores. No; no todos los hombres apartan los ojos horrorizados como los herejes del dulcísimo Sacramento de la Eucaristía. Los humildes, los sencillos, los niños, se postran sin dificultad ante la Hostia sacrosanta. Creen, aman, desean... Nada más consolador y sublime que ver en actitud de adoración a una sencilla religiosa, o a un niño hambriento de la comunión.

En un colegio donde yo estaba de P. espiritual hace muchos años, había un alumno, un niño de esos muy buenos que no había de dejar la comunión

por nada de este mundo. Era medio pensionista y, como tal, podía desayunar en el colegio después de oída la misa y comulgar. Se levantó un día bastante acatarrado y su mamá le dijo: —Hijito, hoy no vas al colegio porque pudiera empeorarse ese catarro. —No es nada, mamá, replicó el niño; tendré cuidado de no enfriarme. —No hijo, mejor es que quedes en casa. Pondré unas letras al P. Prefecto... El niño, lloroso, se quedó mirando a su madre y, por fin, con acento de verdadera pena, le dice: —¿Y la comunión, mamá? La señora, buenísima cristiana, no tuvo valor para oponerse a aquella actitud suplicante de su hijo y, sin decir más, lo arropó cariñosamente y le dijo: —Vete, vete, hijo mío, y comulga.

Dios nos libre de cerrar los ojos a la luz y los oídos a las palabras de Jesucristo. Dios nos libre del tremendo desaire que le hacen los que no quieren admitirle como vecino y como amigo en la Eucaristía. Antes bien, en unión de esas fervientes almas que por oficio y por vocación reparan los desaires y el desamor de los herejes y pecadores, dejemos escapar de nuestros pechos un encendido acto de fe, de adoración y de amor. ¡Bendito y alabado sea por los siglos de los siglos el Santísimo Sacramento del altar!

PRIMERA PARTE

MISTERIO

Lo que piensan los incrédulos.

En resumidas cuentas, ¿qué hay en la Eucaristía según los incrédulos?

Según los incrédulos, Jesucristo no está real y verdaderamente en la Eucaristía. Es voz común de los protestantes. Es un símbolo arbitrario de Cristo, dice Zwinglio. Es símbolo, es figura de Cristo, fundada en alguna semejanza entre el pan y el cuerpo de Cristo, dice Ecolampadio. El cuerpo y la sangre de Cristo están en la Eucaristía virtualmente, como el sol está en los cuerpos produciendo calor, afirma Calvino. Es signo vano de la Pasión de Cristo, instituido no por Cristo sino por los primeros cristianos, dicen muchos protestantes. Y así, unos de una manera, otros de otra, terminan por negar que Jesucristo está presente en la Eucaristía, velado bajo los accidentes de pan y vino.

La razón de esta herejía no es otra que la soberbia humana que pretende penetrar todos los miste-

rios de Dios, como si Dios no pudiera ejecutar actos que escapan a la inteligencia de los hombres por muy sabios que sean. «Más puede hacer Dios, dice el Kempis, que lo que los hombres pueden entender». Y también: «Si tales fuesen las obras de Dios, que pudiesen ser entendidas fácilmente por la humana razón, no serían maravillosas e inefables como lo son».

En la misma naturaleza hay maravillas que el hombre no puede explicar. ¿Negaremos a Dios el poder de hacer lo que los hombres no pueden entender?

Lo que pensamos los creyentes.

Dios no nos pide entendamos sus misterios, sino que los creamos, fiados en su palabra, y así:

Creemos nosotros y creen todos los creyentes que el sacramento de la Eucaristía es misterio de fe; pero este misterio profundo lo creemos sin vacilaciones, con toda sumisión y reverencia apoyada en la palabra infalible de Jesucristo.

Creemos que Dios está verdaderamente, real y sustancialmente presente en la Eucaristía. Jesucristo no dijo: «Esto es símbolo o figura de mi cuerpo», sino «Este es mi cuerpo». No dijo: «Esto es parte de mi cuerpo», sino «Este es mi cuerpo», todo mi cuerpo. No dijo: «Esto es participación de la virtud de mi cuerpo», sino «Este es mi cuerpo, el mismo que será entregado por vosotros».

Creemos, pues, que Jesucristo está al mismo tiem-

po en el cielo y en la Eucaristía, en todos los sagrarios del mundo. Creemos que la presencia de Cristo en la Eucaristía se obra por la Transubstanciación, palabra consagrada en la teología eucarística para significar que, en virtud de las palabras de la consagración, el pan y el vino se convierten en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo y que, por un milagro de Dios, los accidentes del pan y del vino quedan visibles, como al aire, sin sujeto en que sustentarse.

Creemos que el modo como está Jesucristo en la Eucaristía es un misterio profundo que el entendimiento humano no puede comprender, porque no está sujeto a las leyes de la cantidad y de la extensión, porque está a modo de sustancia en forma indivisible.

Creemos que eso que vemos, eso que palpamos, no es el cuerpo y sangre de Jesucristo, sino son las especies del pan y del vino. Aunque también podemos afirmar en cierto sentido figurado que vemos y palpamos a Cristo, porque la Eucaristía es un compuesto en el que Jesucristo está bajo las especies sacramentales. Como podemos decir también que Jesucristo es traído y llevado, porque su cuerpo sacratísimo está ligado a las especies y, movidas éstas, es también movido Jesucristo del mismo modo que cuando se mueve mi cuerpo, se mueve también mi alma.

Creemos que en la Eucaristía está Jesucristo todo. Que allí está su sagrada cabeza, sus dulcísimos ojos, sus manos y sus pies y su corazón; pero que su vida no es como la nuestra, sino es vida sacra-

mental y que vive en el Sacramento a modo de espíritu. Creemos sencilla y humildemente y mientras los sabios llenan miles de páginas para explicar las maravillas eucarísticas, nosotros doblamos la cerviz dirigiendo al sagrário una mirada de amor y de reparación. ¡Creo, Jesús, que estáis real y verdaderamente presente en la Eucaristía. Aumentad mi fe!».

Todo esto es, pues, lo que creemos los creyentes. Pero no lo creemos a tontas y a locas o porque nos lo hayan dicho los hombres pòr sapientísimos que sean. Nuestra fe ha de ser racional, hemos de poder dar razón de ella. Por eso voy a detenerme a exponer brevemente las razones en que se apoya nuestra fe.

La Sagrada Escritura.

«Yo soy el pan de vida», dice Jesucristo (Juan, 6, 48). «He aquí el pan del cielo, para que si alguno come de él, no muera» (id. 6, 50). «El pan que yo daré es mi carne para la salvación del mundo» (id. 6, 51, 52).

Los judíos entendieron estas palabras en su sentido obvio y disputaban entre sí diciendo: ¿Cómo puede éste darnos su carne para comer? Jesucristo no se corrigió y les dijo: No me habéis entendido, sino: «De verdad os digo que si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros». Jesucristo en estas palabras nos da un precepto riguroso de comer su carne y beber su sangre, pues ha de ser so pena de no

tener la vida. Luego estamos obligados a alimentarnos de él. Pero, ¿cómo cumplir este precepto, cómo comer su carne y beber su sangre, si su carne y su sangre no están realmente en la Eucaristía?

Si Jesucristo no está realmente en este Sacramento, la obligación que El impone de recibirle sería imposible de cumplir, y por consiguiente, injustísima. No podría condenarnos por ello. Nos manda que le comamos bajo pena de muerte, pero El no está en la Eucaristía. ¿Podría darse mayor absurdo?

Jesucristo continúa: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día; porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida». (Juan, 6, 56). Pero ¿cómo puede ser la carne de Jesucristo comida y su sangre bebida, si la hostia consagrada no es más que pan y si el cáliz consagrado no contuviera más que vino? Y añade Jesucristo: «He aquí el pan que bajó del cielo. No como vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. El que come este pan vivirá eternamente».

Y hay quienes preguntan cómo Jesucristo nos puede dar su carne y sangre. Cuando con unos pocos panes dio de comer a millares de personas, nadie le preguntó cómo hizo tal maravilla... Cuando Dios obra, dice San Cirilo, no preguntemos cómo obra, sino concedámosle la sabiduría y poder suficientes para obrar lo que dice.

Un día antes de morir, Jesucristo toma el pan en sus manos, lo bendice, lo parte y lo da a sus dis-

cípulos diciendo: «Este es mi cuerpo, tomad y comed». Y cogiendo luego el cáliz, da gracias y se lo da diciendo: «Bebed de él todos, porque esto es mi sangre, la sangre de la nueva alianza que será derramada por muchos en remisión de sus pecados». (Mat., 26, 26-27).

San Pablo dice en su primera epístola a los Corintios (10, 16): «El cáliz de bendición que nosotros bendecimos, ¿no es la comunicación de la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es la participación del cuerpo de Cristo»?

Este es mi cuerpo, esta es mi sangre. Jamás se han pronunciado palabras más claras. Y las pronunció Jesucristo en la víspera de su muerte. Expresan su última voluntad. Son su testamento. Suele ser para todos los hombres éste el momento más solemne para declarar la verdad. Y Jesucristo, ¿lo habría elegido para hablar ficticiamente, para engañar, para dejar a la Iglesia entera, su querida Esposa, en la más grosera idolatría hasta el fin del mundo?

Jesucristo dijo también aquella memorable noche: «Con gran deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de mi Pasión». Pregunto: ¿Tan gran deseo para no darles más que pan? Pues hubiera sido una comida ordinaria como todas. ¿Por qué, pues, y a qué venían expresiones tan ponderativas, si allí no había nada de extraordinario?

¿Quién podrá creer jamás que Jesucristo, suprema bondad, suma verdad, suma sabiduría, haya dado con aquellas palabras, sus últimas y solemnes palabras, ocasión a una falsa creencia, a un irrepara-

ble error, a una monstruosa idolatría? Pues eso es lo que hubiera querido hacer y lo que ciertamente hizo, si aquellas palabras tan claras, tan expresivas: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre», las hubiese tomado El en sentido figurado, como pretenden los calvinistas. Si así fuera, toda la Iglesia, todos los Doctores, todos los Teólogos, todos los Concilios, todos los santos, desde el comienzo de la Iglesia, están en un gravísimo y peligrosísimo error, en la más estúpida idolatría.

La doctrina del apóstol San Pablo sobre esta materia es no menos clara y concluyente.

Dice, pues, el santo Apóstol: «Yo mismo lo sé del Señor que el Señor, Jesús, la noche en que fue entregado, tomó el pan y dando gracias, lo partió y dijo: Tomad y comed, este es mi cuerpo que será entregado por vosotros; haced esto en memoria mía» (I Corint. 9, 23-24). Igualmente tomó el cáliz después que hubo cenado... De modo que Jesucristo da a los apóstoles el mismo cuerpo que muy pronto ofrecerá El en la Cruz. Ahora bien, Jesucristo no murió en la cruz en figura, sino en realidad. Se da, pues, El realmente en la comunión, puesto que da el mismo cuerpo que entregó en la cruz.

Y añade San Pablo: «Por eso, cualquiera que comiere este pan o bebiere de este cáliz indignamente, será culpable del cuerpo y de la sangre del Señor» (I Cor. 11, 27). Pero, si en la Eucaristía no hay más que pan, y así sería si Jesucristo no estuviera más que en figura, ¿cómo sería culpable del cuerpo

y sangre de Jesucristo quien no comiera más que esta figura?

Y continúa el Apóstol: «Pruébese, pues, el hombre a sí mismo, y así coma de este pan y beba de esta sangre. Porque el que come y bebe indignamente, come y bebe su condenación no distinguiendo el cuerpo del Señor». Pero, ¿para qué esa prueba si la Eucaristía no es más que pan? ¿Y por qué comería y bebería su condenación si no es más que pan y vino?

Los Santos Padres.

Ya desde los primeros tiempos de la Iglesia, los Santos Padres nos ofrecen preciosos y convincentes argumentos en favor de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía.

San Ignacio, mártir, discípulo de S. Juan Apóstol (107) dice hablando de los herejes: «No admiten la Eucaristía, porque no quieren confesar que es la carne de Jesucristo nuestro Salvador».

San Ireneo (130-202), se expresa así: «El pan sobre el cual se dice la invocación de Dios, ya no es pan ordinario, sino la Eucaristía».

San Justino (163), declara expresamente que la Eucaristía encierra la misma carne que el Verbo de Dios tomó en el seno de la Santísima Virgen.

Tertuliano (245): «Nuestra carne come el cuerpo y sangre de Cristo para que el alma se alimente de Dios».

Orígenes (254): «Cuando gustas del fruto de la vid, del pan y del vino, comes y bebes el cuerpo y sangre del Señor».

San Cirilo de Jerusalén (314-386): Habiendo El mismo declarado y dicho del pan: «Este es mi cuerpo», ¿quién osará dudar? Habiendo declarado El mismo y dicho: «Esta es mi sangre», ¿quién osará ponerlo en duda y decir que no es su sangre?

San Ambrosio (335-397): «Este pan es pan antes de las palabras sacramentales, pero después de la consagración, el pan se cambia en el cuerpo de Jesucristo».

San Agustín (354-430): «Del mismo modo que creemos firmemente que Jesucristo es nuestro Mediador entre Dios y los hombres, así creemos también de corazón que nos da su carne a comer y su sangre a beber. Antes de la consagración, es otra naturaleza; después de la consagración, es el cuerpo de Jesucristo. La palabra de Jesucristo que de la nada podía hacer lo que antes no era o existía; ¿no tendrá el poder de cambiar lo que es o existe en lo que no era? ¿El pan que existía, en Cristo que no estaba allí?».

Santo Tomás (1225-1274): «Jesucristo, bajo las especies de pan y vino, nos ha dejado su cuerpo a comer, su sangre a beber. ¿Qué más admirable que este sacramento? Porque en El, el pan y el vino se truecan sustancialmente en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo».

Los Concilios.

He aquí lo que dicen los Padres del Concilio de Alejandría presidido por San Cirilo: «Somos santificados participando de la carne sagrada y de la sangre preciosa de Jesucristo. Porque nosotros no recibimos este manjar como si fuera carne común (Dios nos libre), ni como la carne de un hombre santificado y unido al Verbo en cuanto a la dignidad solamente, o en quien solamente la divinidad haya habitado, sino como una carne vivificante y, por consiguiente, como la carne del Verbo sin el cual no sería aquélla vivificante».

Concilio ecuménico de Letrán (IV, 1215), bajo Inocencio III. En él se definió expresamente que Jesucristo es el sacerdote y el sacrificio de la nueva Ley; que en virtud del poder que dio a los Apóstoles y a sus sucesores, sólo los sacerdotes ordenados legítimamente pueden consagrar el sacramento de nuestros altares: que en él se contienen verdaderamente el cuerpo y sangre de Dios hecho hombre, ya que el pan se ha transustanciado en el cuerpo y el vino en la sangre por la omnipotencia divina. Es-

ta expresión: *Transubstanciación,* que declara la doctrina invariable de la Iglesia, quedó consagrada por el duodécimo Concilio Ecuménico, para señalar el cambio de las especies sacramentales en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, así como la expresión consubstancial lo había sido por el Concilio de Nicea para expresar que el Hijo de Dios tiene la misma naturaleza que el Padre.

Concilio de Trento (1345-65). El Concilio de Trento resume toda la enseñanza de los anteriores Concilios sobre esta materia. En su sesión 13 se expresa así: En la Iglesia de Dios ha existido siempre esta creencia, que después de la consagración, el verdadero cuerpo de Nuestro Señor y su verdadera sangre, juntamente con su alma y su divinidad, están bajo las especies del pan y del vino; es decir, su cuerpo bajo las especies del pan y su sangre bajo las especies del vino en fuerza de las mismas palabras; pero también su cuerpo bajo la especie de vino y su sangre bajo la especie del pan y su alma bajo ambas especies, lo mismo que su divinidad. Por lo cual es verdaderísimo que una y otra especie contienen tanto como las dos juntas; porque Jesucristo está todo entero tanto bajo la especie del pan como bajo la especie del vino. Las especies sacramentales contienen a Jesucristo «*vere, realiter et substancialiter*», «verdadera, real y sustancialmente».

En la misma sesión, el Concilio declara este dogma como artículo de fe: «Si alguno negare que el cuerpo, la sangre y la divinidad de Nuestro Señor

Jesucristo están real, verdadera y sustancialmente en el sacramento de la Santísima Eucaristía y por lo mismo Jesucristo todo entero, mas dijere que está allí solamente en signo, o figura, o por virtud (por la fe), sea anatema».

Y en otro canon: «Si alguno dijere que en el santísimo sacramento de la Eucaristía, la sustancia del pan y del vino quedan juntamente con el cuerpo y la sangre de Nuestro Señor y niega aquel admirable cambio de toda la sustancia del pan en el cuerpo y de toda la sustancia del vino en la sangre del mismo Señor quedando solamente las apariencias del pan y del vino, cambio que la Iglesia católica llama muy bien *transubstanciación*, sea anatema.

Argumentos teológicos.

Si la sagrada hostia sigue siendo pan como antes de la consagración, se seguirá que la figura del pan sustituye al cordero figurativo. Pero ¿quién podrá sostener tal cosa? Mucho mejor hubiera sido conservar el cordero y no sustituirlo por un poco de pan. Porque el cordero inmolado de la antigua ley representaba mucho mejor a Jesucristo paciente que el pan de la nueva ley. Todos aquellos sacrificios no eran sino la figura del sacrificio de la nueva ley. Todos los antiguos sacrificios cesaron después del sacrificio de la cruz y del altar; pero si la Eucaristía no fuera más que pan, la realidad quedaría muy atrás de la figura y no se podría comprender que Dios, harto de los sacrificios de las antiguas vícti-

mas, recibiese como oblación pura y sin mancha y muy agradable, la ofrenda de un poco de pan.

La cesación de todos los antiguos sacrificios había sido predicha por Jesucristo, y tuvo lugar cuando el Señor dijo: «Este es mi cuerpo». Y lo que Jesucristo llamaba su cuerpo, ¿no sería más que un pedazo de pan? ¿Y todos los sacrificios de la antigua ley hubieran dejado de existir para dar lugar a un poco de pan? Dios, que no se había contentado con los sacrificios de bueyes, ni toros, ni corderos, ¿se contentaría desde que murió Jesucristo hasta el fin del mundo con un poco de pan que se le ofrecería en nuestros altares?

Si la Eucaristía no es más que pan, ¿por qué Jesucristo lo prometió tanto tiempo antes? ¿Por qué hablaba de él con tanta pompa, y por qué hacía resaltar su necesidad y sus maravillosos resultados, y eso tan frecuentemente, y por qué lo prefería al del desierto? Si lo que Jesucristo da en la Eucaristía no es más que pan, el maná era preferible, porque era figura del cuerpo de Jesucristo, era pan bajado del cielo, tenía toda clase de sabores, era un pan milagroso, mientras que el pan, ni es figura del cuerpo de Jesucristo, ni tiene aquel sabor milagroso del maná y, además, es producto de la tierra.

En el año 1050, Berenger negó la transubstanciación. Fue condenado enseguida por toda la Iglesia. Berenger abjuró su herejía en el Concilio de Tours, bajo el Papa Víctor II. Pero volvió a caer y de nuevo se retractó bajo el Papa Gregorio VII con esta profesión de fe: «Yo, Berenger, creo de corazón y

confieso de boca que el pan y el vino se cambian en el verdadero, propio y vivificante cuerpo y sangre de Jesucristo y que, después de la consagración, está el verdadero cuerpo de Jesucristo que nació de la Virgen y la verdadera sangre de Jesucristo que salió de su costado, y esto, no en figura, sino en realidad y propiedad de la naturaleza y de la verdad de la sustancia».

Después que Jesucristo pronunció aquellas palabras: «Este ès mi cuerpo, esta es mi sangre», todo lo que hay en el mundo de más sabio, de más santo, más perfecto: los Apóstoles, los mártires, los Santos Padres, los teólogos, los Papas, los Obispos, los Pastores, los confesores, los misioneros, los Concilios, entre otros ocho Concilios generales, el primero y segundo de Nicea, el de Viena, el de Constancia, el de Florencia, el de Trento, los Concilios de Letrán, el Concilio romano bajo el Papa Nicolás II, gran número de Concilios provinciales, la Iglesia en todos los tiempos han confesado la presencia real; todos la han creído como dogma de fe y han condenado con anatemas toda creencia contraria. Ahora bien, todo ese imponente ejército de sabios, santos y creyentes, estaría engañado siempre y en todas partes. Todos hubieran sido, serían todavía y serán hasta el fin del mundo idólatras, si Jesucristo no está realmente en la Eucaristía; porque todos han adorado, adoran y adorarán pan y vino en lugar del cuerpo y sangre de Jesucristo; es decir, que los cristianos más esclarecidos serían más locos e insensatos que los paganos más ciegos han sido jamás. Estos, al me-

nos gran número de ellos, adoraban el sol, la luna y las estrellas; los cristianos adoran una migaja de pan. Echemos la vista sobre esos millones de católicos de todos los siglos, prosternados, de generación en generación desde hace veinte siglos para adorar a Jesucristo presente en el altar. ¡Ilusión! Todos son idólatras. No adoran más que un poco de pan... Y eso porque lo ha dicho Calvino. Fijémonos en esos millares de Obispos y centenares de millares de sacerdotes que consagran todos los días y dicen a los fieles después de la consagración: «Ecce Agnus Dei», «He aquí el Cordero de Dios». Todos son mentirosos, impostores, idólatras. Y todo porque lo ha dicho Calvino. ¿Cabe mayor absurdo?

Los herejes.

La presencia real de Jesucristo en la Eucaristía se puede probar también ya por testimonios auténticos de los mismos protestantes, ya por los prodigios que en todos tiempos obra la Eucaristía...

Cuanto a lo primero, es notable lo que el mismo Lutero dejó escrito: «Si Carlostad hubiera podido persuadirme que en el Sacramento de la Eucaristía no hay más que pan y vino, me hubiera hecho un gran servicio, porque entonces tendría yo un gran medio para hacer la guerra al Papado. Pero me veo forzado a creer en la presencia real. No hallo medio para negarla. El texto del Evangelio es demasiado positivo, demasiado claro, demasiado convincente

para sostener lo contrario». Melanchton pensaba lo mismo.

Los milagros.

En cuanto a los milagros, se pueden recordar el de París en 1290, el del judío que se empeñó en herir y acuchillar la sagrada forma, arrojarla al fuego, etc. etc., sin conseguir destruirla. El de Bolsona en 1262 y otros muchísimos.

Cómo está Jesús presente en la Eucaristía.

¿Cómo está Jesús en el Santísimo Sacramento del altar?

Después del cúmulo de razones que hemos aducido para probar la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, se le pudiera ocurrir a algún piadoso lector preguntar cómo se esconde tanto el Señor en la sagrada hostia, cómo no rompe el velo de los accidentes que lo encubren, cómo no se nos manifiesta con alguna señal sensible para verle con nuestros ojos de carne, y oirle y sentir la dulzura de su suavísima voz.

El Santísimo Sacramento del Altar es misterio de fe y Dios se esconde tanto en él para que la ejercitemos y nuestro mérito creyendo, adorándole como si le viéramos, sea mayor.

Se esconde también para darnos ejemplo de humildad. Cuando se hizo hombre y apareció entre ellos como de uno de tantos, los hombres le despre-

ciaron y no quisieron reconocerle como a Dios. Asi ahora, envuelto en los accidentes de pan y vino, los herejes, no solamente no creen en su regaladísima presencia, sino que, además, le desprecian y le hacen objeto de mil irreverencias, grandes ofensas y sacrilegios.

Con todo, un cristiano instruido ha de tener en cuenta ciertos principios de teología eucarística; debe saber responder, al menos someramente, algo sobre el misterio profundo del modo de ser de Jesús en la Eucaristía.

Primer principio. Todo Cristo, verdadera, real y sustancialmente, está presente en el Sacramento de la Eucaristía (De fe Trid. Ses. XIII, can. 1 y 4). Acerca del modo como está todo, hay que distinguir la presencia en fuerza de las palabras y en fuerza del Sacramento. En fuerza de las solas palabras de la consagración, en la hostia sólo está el cuerpo y en el vino sólo está la sangre de Jesucristo. Pero en fuerza del Sacramento y *por concomitancia,* en las especies de pan y vino está todo lo que con el cuerpo y sangre va inseparablemente unido, ya por la natural conexión que tienen entre sí los elementos del cuerpo de Nuestro Señor después de su resurrección, ya por la unión hipostática de la divinidad con el cuerpo y alma de Jesucristo.

Cuando se dice: «Hoc est corpus meum, Hic est sanguis meus», «Este es mi cuerpo, ésta es mi sangre», se entiende aquel mismo cuerpo numéricamente, bajo las especies de pan, y aquella misma sangre

numéricamente, bajo las especies de vino, que son, cuando se pronuncian aquellas palabras, el cuerpo y la sangre de Cristo con todas sus perfecciones inherentes, con la sola diferencia del diverso modo de existir.

Principio segundo. El cuerpo de Cristo, *todo y entero* bajo ambas especies y en cualquiera parte de ellas, está realmente presente. El cuerpo de Cristo está en este Sacramento «per modum quo substantia est sub dimensionibus», «como está la sustancia bajo las dimensiones». Y así como la naturaleza de la sustancia está toda en cualquiera parte de las dimensiones en que se contiene, v. gr., en cualquiera parte del aire está toda la sustancia del aire; en cualquiera parte del pan está toda la sustancia del pan..., así Jesucristo. Pero antes de la separación de las partes, Jesucristo sólo una vez está en la hostia, como en todo el cuerpo humano y en cualquiera parte de él, solo hay un alma. Pero, dividida la hostia, tantas veces está Cristo cuantas son las partes en que está dividida.

Principio tercero. Jesucristo en el Santísimo Sacramento se hace presente por la conversión de toda la sustancia del pan en su sacratísimo cuerpo, y de toda la sustancia del vino en su purísima sangre. Esta conversión tiene en la Iglesia católica una expresión propia y recibida por todos los doctores y teólogos y es la palabra *Transubstanciación.*

Las especies sacramentales son verdaderos acci-

dentes físicos, reales, que quedan del pan y del vino —los cartesianos afirman que son sólo meras modificaciones que Dios produce en nuestros sentidos—, pero estos accidentes o especies, no son inherentes al cuerpo y sangre de Jesucristo, ni se juntan con él como con su sujeto. Quedan, por milagro, como al aire, sin sujeto en que sustentarse.

Principio cuarto. El Sacramento de la Eucaristía, materialmente es vario, pues consta de doble especie, pan y vino. Sin embargo, formalmente y por razón de lo que significa y de la cosa significada es uno con unidad específica y formal. De modo que el cuerpo de Jesucristo bajo las especies de pan y la sangre de Jesucristo bajo las especies de vino, no son dos sacramentos específicamente distintos, sino uno solo, aunque el pan y el vino se diferencian específicamente. La razón es porque el sacramento es «signo sensible», de modo que donde hay un solo signo, hay un solo sacramento. Ahora bien, las especies de pan y vino son, en cuanto signo, un solo signo. La razón de ser del signo depende de lo que significa, y esta significación en ambas especies es la misma, porque la cosa significada bajo las especies de pan y vino es la misma: la espiritual refección del alma.

Principio quinto. Jesucristo permanece en las especies consagradas tanto cuanto la sustancia del pan y del vino hubieran permanecido naturalmente en las mismas, y deja de permanecer bajo las especies cuan-

do naturalmente hubieran dejado de existir la sustancia del pan y del vino, es decir, cuando las especies se corrompen. Entonces, por la divina omnipotencia, al cuerpo de Cristo y a su sangre sucede aquella sustancia que, en las mismas circunstancias, hubiese sucedido al pan y al vino corrompidos. Esto sucede, no por un nuevo milagro, sino en fuerza del que se obró en la consagración. La corrupción de las especies no es milagrosa, sino natural; pero supone un milagro, es decir, que continúan existiendo sin sujeto a que se arrimen. Son accidentes aquellas especies, pero tienen la fuerza y actuación de una sustancia. (Capello. De sacramentis vol. I).

Otras ideas. Partida la hostia consagrada, lo que se parte son los accidentes, porque son los accidentes y no el cuerpo de Jesucristo lo que se toca, rompe y divide. Como cuando rompes un espejo en cien pedazos, rompes el espejo, pero tu imagen queda íntegra en cada uno de los pedazos.

La vida de Jesucristo en la Eucaristía no se parece a la nuestra porque es vida sacramental, a modo de espíritu. Tiene pies y no anda, tiene manos y no nos abraza, pero tiene íntegros todos los miembros: cabeza, manos, pies, ojos, oídos, corazón...

Sustancia. ¿Quién sabe lo que es? Si Dios redujera un cuerpo al estado de pura sustancia, ese cuerpo dejaría al momento de ser extenso sin dejar de ser cuerpo.

La extensión es la que somete a los cuerpos a las leyes del espacio. Un cuerpo inextenso es como

un cuerpo espiritual, aunque parezca paradoja. Es cuerpo, pero tiene las propiedades del espíritu. El cuerpo de Jesucristo en la Eucaristía es inextenso y, por lo mismo, libre de las leyes del espacio. Si en alguna manera está sujeto a ellas, es indirectamente por razón de las especies. Estas son las que están acá o allá y por ellas Jesucristo. Pero Jesucristo, de suyo, no está en el espacio. Cristo no está en este Sacramento como un cuerpo en su lugar, sino que está de un modo especial, de un modo espiritual propio de este sacramento.

De modo que el cuerpo de Cristo está en la Eucaristía a modo de sustancia; no es visible al ojo corporal. El sentido no juzga de la sustancia, sino de las formas sensibles.

El cuerpo de Cristo no es alimento corporal, sino espiritual. El cuerpo de Cristo se toma de cierto modo espiritual. Quitada la cantidad externa, la sustancia es indivisible.

Jesucristo, en su vida terrestre comía para sustentarse. El pan y el vino que tomaba, se transformaban por una operación natural, todos los días, en la carne y sangre del Hijo de Dios. Entonces, se efectuaba eso lentamente. Hoy se efectúa en el Santísimo Sacramento instantáneamente en virtud de las palabras de la consagración.

El milagro de la Eucaristía puédese comparar a lo que ocurre con la transmisión de mi pensamiento. Brota una idea en mi mente: «Dios gobierna el mundo con infinita sabiduría». Esta idea la revisto con el ropaje de la palabra y la transmito a uno, dos,

cien, mil oyentes. Es una idea, la misma idea; los oyentes la reciben todos, íntegra, al mismo tiempo, no por partes, ahora uno, después otro. La reciben todos íntegra y al mismo tiempo. «Si esto se hace con la palabra que suena, ¿qué decir del Verbo Omnipotente?».

Así las almas que me escuchan se alimentan de la sustancia de mi alma. El alimento que les doy es a la vez corporal y espiritual. Espiritual porque es como un efluvio de mi alma; corporal porque está encarnado en el sonido. Imagen de la Eucaristía: alimento corporal y espiritual. Corporal, porque contiene la sustancia del verdadero cuerpo de Cristo; espiritual, porque se nos da en forma inmaterial.

¿Nos envidian los ángeles nuestra participación en el Sacramento del altar? No. Ellos gozan de la vida divina con infinitas ventajas sobre nosotros. Día llegará, dice San Agustín, en que estos sacramentos temporales no existan. Este alimento de los ángeles que hoy recibimos en forma de maná cederá algún día su puesto a la verdad eterna, que sin sombra, ni velos, nos inundará de luz, de vida y de amor durante la eternidad. El maná desapareció cuando los israelitas entraron en la tierra prometida. La Eucaristía no existirá cuando lleguemos al cielo.

SEGUNDA PARTE

COMUNION

Instrumento de santificación.

Jesucristo Nuestro Señor instituyó siete sacramentos que fueran como siete cauces por los que corren sobre las almas los méritos infinitos que nos ganó con su Pasión y Muerte. Pero del sacramento de la Eucaristía dice un Santo Padre que es la culminación de todos los sacramentos, el sacramento más divino, el más sagrado, el santísimo y augustísimo misterio.

Porque en los demás sacramentos, el instrumento de nuestra santificación es pura criatura. En la Eucaristía, no. Aquí el mismo Cristo viene a santificarnos. Agua, bálsamo, pan, vino, son los medios que escogió el Señor para formar los canales de las gracias que habían de fluir sobre nosotros. En la Eucaristía, quiso el mismo Señor, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente juntarse con la criatura y encubrirse milagrosamente debajo de los

accidentes del pan y del vino para darnos El mismo la gracia y aplicarnos el fruto de su Pasión.

El médico ordena la medicina y encarga al enfermero que la aplique; un hombre rico, da el precio para redimir al cautivo y manda a un tercero que le rescate; un rey convida a sus vasallos a un banquete y hace que sus criados sirvan a la mesa; una madre da a luz con dolor a su hijo y luego lo entrega a otra ama para que lo críe. En la Eucaristía, Jesús es al mismo tiempo el médico y la medicina y el que invisiblemente la aplica entrando en nosotros como manjar. El es el hombre rico que nos redime con el precio de su sangre. El es rey que nos convida y nos sirve a la mesa dándose a sí mismo en manjar y bebida. El es la madre que nos engendró con dolores en la cruz y quiere criarnos como amorosa madre con su mismo cuerpo y sangre.

Expresión de amor.

¡La Eucaristía! Amor de los amores, la llama San Bernardo. «Cuando pronuncio la palabra Eucaristía, expreso en una palabra todos los tesoros de la bondad de Dios».

Sí, amor de los amores. Porque amor es idear un medio tan peregrino para quedarse con nosotros, ya que tenía que dejarnos para subir al cielo.

Amor es el modo de presentársenos. Cuando el sacerdote nos alarga la comunión no dice: «He aquí al Rey de la Majestad, el Rey de la eternidad que lanza rayos y truenos, el Juez de vivos y muertos:

¡temblad!, sino estas otras dulcísimas palabras: «He aquí el Cordero de Dios», inmolado por la salvación del mundo, destinado a ser comido en señal de la alianza con la Divinidad.

Amor es instituir la Eucaristía como convite y convite de todos los días, y amor es instituirla de suerte que fuera convite de todos, grandes y pequeños, ricos y pobres, sabios e ignorantes.

Amor es hacer verdaderas aquellas palabras que el Señor dijo a su pueblo escogido, en otra ocasión y a otro propósito: «Pondré mi casa entre vosotros y viviré con vosotros y vosotros seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios».

Amor es perpetuar tan sublime beneficio de modo que no falte ese pan del cielo en la tierra hasta el fin de los siglos.

Es preciso insistir en este dulcísimo aspecto de la Eucaristía: ¡Amor, Amor!

Alimento espiritual.

En la primera parte hemos visto que la Eucaristía es misterio de fe. Pero este misterio de fe es al mismo tiempo Sacramento de amor. La Eucaristía es el Sacramento del Cuerpo y Sangre de Cristo instituido para alimento espiritual de las almas bajo las especies de pan y vino.

Meditemos: «¡Oh cosa admirable! Come al Señor el pobre y humilde siervo», solemos cantar en la festividad del Corpus Christi. Misterio de fe, Sacramento de amor. Hemos dicho que San Bernardo

lo llama amor de los amores y no dice otra cosa el Concilio de Trento con aquellas palabras: «Como que derramó Dios en este Sacramento sobre los hombres las riquezas de su divino amor».

Jesucristo, pan mío, manjar mío, convite mío. Verdaderamente cosa admirable.

Reflexionemos unos instantes y admiremos en la Eucaristía 1) Un pan prodigio. 2) Un pan humano. 3) Un pan vivo.

1) *Un pan prodigio.*

La Eucaristía es un prodigio de la sabiduría de Dios.

El hombre, creado a imagen y semejanza de Dios, rescatado por la sangre de Dios, tiene necesidad de alimentarse de un Dios, para mantenerse y vivir conforme a ese precio. Hemos costado la vida a un Dios y no podemos vivir más que de Dios. Ha sido necesaria la víctima de la cruz para salvar al mundo. Es necesaria la víctima del altar, la Eucaristía, para hacerle vivir. Sí, en la Eucaristía se obra esta gran maravilla.

Pero, Señor, exclama un Padre de la Iglesia, Vos ya subisteis al cielo; estáis sentado a la diestra del Padre, ¿cómo estáis al mismo tiempo en el altar? Ved la admirable e ingeniosa invención de la sabiduría del Salvador: Va y no se va; sube al cielo y queda en la tierra; está sentado en medio de los ángeles y se hace manjar de los hombres.

Pero, ¿cómo puede ser que el cuerpo del Salva-

dor esté en el cielo y en la tierra, esté presente en tantas iglesias a la vez y se le distribuya todos los días a tantas personas y permanezca, sin embargo, siempre el mismo?

Para responderte, continúa el mismo Santo Padre, pregunto a mi vez: ¿Cómo el Hijo de Dios ha podido estar todo entero en el seno del Padre y entero también al mismo tiempo en el seno de su Santísima Madre la Virgen María? Misterios ambos.

Cuando dijo Dios: «Fiat lux», «Hágase la luz», la luz se hizo. Cuando el Evangelio nos dice: «Et Verbum caro factum est», «El Verbo se hizo carne», tiene lugar el gran prodigio de la Encarnación. De la misma manera, cuando Dios Creador, este gran Dios hecho hombre, dijo: «Este es mi cuerpo, esta es mi sangre», dijo la verdad. Lo que pudo antes, ¿por qué no lo puede ahora?

Otra de las facetas de este gran prodigio es que es *un memorial de la Encarnación*. La Eucaristía es un recuerdo perenne del milagro de la Encarnación.

Preguntó una vez un Padre a una niña qué hacía después de haber recibido a Jesús en la comunión. La niña contestó ingenuamente diciendo quizá más de lo que sabía: rezo lentamente el Ave María. La niña con Jesús en el pecho se trasladaba en espíritu a revivir la escena angélica y los misterios estupendos que se obraron en el seno de la Virgen.

Es que hay grandes relaciones entre la Eucaristía y la Encarnación. Por la Encarnación Dios vino a nosotros. Lo mismo hace por la Eucaristía. En la Encarnación su venida es visible y palpable; en la

Eucaristía, su venida, aunque invisible, es realísima y verdaderísima. En la Encarnación vino para rescatarnos; en la Eucaristía viene para aplicarnos la redención y santificarnos. Cada vez que contemplamos la Eucaristía, reconocemos que el Verbo se ha hecho carne, que ha habitado entre nosotros y habita todavía bajo el velo de las especies.

La Eucaristía es como una extensión de la Encarnación. Jesucristo se encarna, por decirlo así, en nosotros, y nos diviniza.

2) *Pan humano.*

He dicho que la Eucaristía, con ser pan tan prodigioso, es *pan humano*. Tan humano que Jesús lo ha hecho para todos. Ninguno está excluido de esta mesa. Es para ricos y pobres, grandes y pequeños, sabios e ignorantes.

Se le suele comparar con el maná del desierto. Y es así: el maná era figura de la Eucaristía. Esta encierra eminentemente todas las maravillas de aquel pan del cielo. Era dulce el maná; lo es infinitamente más la Eucaristía.

El maná se corrompía para los infieles y avaros, la comunión, para los malos se convierte en manjar mortal. Bien lo canta la Iglesia en el himno del Corpus Christi: «Es muerte para los malos, es vida para los buenos; ve con cuán distinto resultado comen unos y otros el mismo manjar».

El maná bajaba del cielo, lo mismo la Eucaristía.

El maná tenía la forma de un grano pequeño, la

Eucaristía se encuentra en las partículas del pan consagrado.

Todos recogían la misma cantidad de maná, y en la sagrada mesa cada uno recibe a Jesucristo entero.

El maná se recogía durante los seis días de la semana y se conservaba para el sábado, día de descanso; del mismo modo, el día de fiesta de la eternidad, caerá el velo del sacramento y se verá este gran misterio faz a faz y descansaremos en el seno de Dios.

El maná cesó en la tierra prometida; en la tierra de los vivos, en el cielo, la Eucaristía bajo las especies de pan y vino cesará y poseeremos a Dios y nos hartaremos de El constante y visiblemente.

3) *Pan divino, pan vivo.*

Pero este pan humano es, sobre todo, *pan divino*. Sólo un pan divino puede tener las admirables cualidades de la Eucaristía.

Pan divino, *pan vivo.*

El pan terreno que comemos todos los días, nos alimenta; nos alimenta también la Eucaristía. Pero tiene sobre el pan terreno una notable particularidad. Cuando se come este pan sagrado, dice S. Agustín, no se cambia en nuestra sustancia como sucede con el otro pan; más bien El nos cambia en la sustancia de Jesucristo, nos une a El y nos hace semejantes a El. Soy manjar de fuertes, dice, me come-

réis, pero «no me cambiarás en ti, sino qué tú quedarás cambiado en mí». Nos mezclamos, dice S. Cirilo, con el cuerpo de Cristo y, consiguientemente, con su divinidad; por eso, no hacemos más que un cuerpo y una sangre con Jesucristo: «Nos hacemos concorpóreos y consanguíneos de Cristo».

Pero al mismo tiempo este pan divino es *pan vivo*. Cuando recibimos este pan divino recibimos a Jesucristo vivo con todos sus encantos, con toda su santidad, con toda su amabilidad, con toda su pureza.

Quiero glosar en breves líneas unas palabras del Kempis referentes al que comulga, y pueden servir muy bien para una acción de gracias después de la comunión. Dice, pues, el Kempis: «¡Oh qué noble huésped, oh qué buen amigo, oh qué amoroso esposo el que se recibe cuando se comulga!».

Como huésped es nobilísimo,
Como amigo es fielísimo,
Como esposo es amorosísimo.
Como huésped me honra,
Como amigo me alienta,
Como esposo me enamora.
Como a huésped le debo honor,
Como amigo le debo confianza,
Como a esposo le debo amor.
Como huésped quiere atenciones
(Abajo los ojos, recoge las manos. Tu pecho es un sagrario).
Como amigo quiere confidencias

(¿No tienes nada que decirle? ¿No pasó nada en tu casa? ¿No ocurre nada en tu alma? Entre buenos amigos no hay secretos).

Como esposo quiere finezas

(Amor incondicionado, sacrificio, fidelidad. Pecado ¡no!).

Oh huésped divino, ¡ven!
Oh amigo buenísimo, ¡óyeme!,
Oh esposo dulcísimo, ¡abrázame!
Oh huésped del cielo, ¡tuya es mi casa!
Oh amigo fielísimo, ¡tuya es mi vida!
Oh esposo suavísimo, ¡tuya es mi alma!
Huésped mío, ¡te adoro!
Amigo mío, ¡en ti confío!
Esposo mío, ¡te amo!

Amor inmenso y desinteresado.

Para que nuestro aprecio de este divino Sacramento sea más íntimo y nuestra gratitud al Señor más fervorosa, insistamos aún algo más en sus excelencias.

«El hombre, dice S. Fulgencio, despreciando a Dios, se retiró de El. Dios, amando al hombre, vino a el».

Más arriba hemos dicho que la Eucaristía es como una extensión de la Encarnación y que Dios, en cierto modo, se encarna en los corazones de los que comulgan. En la Eucaristía, Jesucristo nos da su cuerpo, su sangre, su alma y su Divinidad. Agota su

poder, agota su sabiduría, agota sus riquezas. O como dice S. Agustín: «No pudo darnos más; no supo darnos más; no tuvo más que darnos».

Hay una diferencia infinita entre el amor del Creador y el amor de la criatura. La criatura ama por indigencia; el Creador, por abundancia. La criatura ama por recibir, o para recibir: el Creador para dar. La criatura supone siempre algún bien en la persona que ama, el Creador no presupone nada, sino que comunica el bien al objeto que ama. Dios no tiene el amor de interés, el amor mercenario, no tiene más que el amor de benevolencia y de complacencia. El primero, porque El quiere el bien de su criatura y se lo comunica actualmente. El segundo porque no se complace en la criatura que ha recibido el bien, sino en sí mismo y en su bondad divina que ha hecho ese bien a la criatura.

Todavía resplandece más este amor del Señor hacia nosotros en el motivo por que se nos da en la Eucaristía, ya que se nos da por unirnos a El... por fortalecernos... por divinizarnos... por llenarnos de todos los bienes, a nosotros, pobres criaturas, gusanos de la tierra, soberbios pecadores... Se nos da la víspera de su muerte, cuando sus enemigos y uno de sus discípulos están tramando su muerte. Se nos da entre acentos del más tierno amor: «Hijitos míos... Mucho he deseado comer esta Pascua con vosotros... Uno de vosotros me ha de vender...». Y a uno de sus discípulos lo recuesta sobre su pecho, Y pide a su Padre que los guarde y los tenga unidos a El.

El amor de Jesucristo en la Eucaristía es de una *bondad infinita* y universal: Se da a todos los que lo desean. Ya hemos dicho que a ninguno excluye de su mesa.

Es de *una bondad gratuita*; pues no pide ni nuestros bienes ni nuestras riquezas. No nos pide más que nuestro corazón para llenarlo de dulzura.

Bondad liberal: Se da todo entero, sin reserva...

Bondad paternal: Viene a nosotros como el mejor de los padres. Nos acaricia, nos abraza, nos da de comer El mismo...

Bondad dulce, paciente y durable: Es una víctima que está día y noche en nuestros altares, a fin de que podamos tenerlo siempre a nuestro servicio.

Frutos de la sagrada comunión.

Pasemos a reflexionar unos instantes sobre los admirables frutos que la sagrada comunión produce en las almas que debidamente le reciben, es decir, con espíritu de viva fe, con gran pureza de alma, con profunda humildad y con encendido amor.

El primer fruto que hemos de anotar es la *unión con Jesucristo.* Comunión quiere decir «communis unio», «unión común», comunicación. En la comunión Jesucristo dice al alma fiel lo que El mismo decía a su Eterno Padre en la noche de la cena: «Todo lo que yo tengo es tuyo, y lo tuyo es mío». Yo estoy en mi Padre por la unidad de la esencia divina; yo en ti y tú en mí por la comunión.

El alma unida a Dios por la comunión es bellísima. Hermosa eres, amada mía, hermosa eres, le dice el celestial Esposo. El alma que comulga dignamente es dos veces bella: por la gracia y por la gloria que le aguarda en el cielo.

«Oh admirable compañía, exclama Hugo de San Víctor, el todo hermoso une consigo a la toda hermosa. Yo soy todo hermoso, y tú eres toda hermosa. Yo, por naturaleza; tú, por gracia. Yo todo hermoso, porque cuanto hay de hermoso está en mí: tú toda hermosa, porque nada hay en ti de mancha ni de corrrupción. Hermosa en el cuerpo, hermosa en el alma. Hermosa en el cuerpo por la pureza; hermosa en el alma por la humildad y por el fervor. Oh digna compañera de un esposo digno; hermosa de un hermoso esposo, pura y limpia junto al incorrupto, excelsa junto al Altísimo, esposa del Rey Eterno».

«Mi amado que vive entre azucenas es para mí y yo para El», exclama el alma fiel con la Esposa de los Cantares.

La unión de Jesucristo con el alma en la Eucaristía es tan perfecta que el Señor la compara a la unión que existe entre el cuerpo y el alimento que toma: «Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida» (Juan, 6, 56). San Cirilo de Alejandría dice que Jesucristo y el que le recibe no hacen más que uno. Santa Teresa de Jesús explica esta unión por las siguientes comparaciones: La unión que se hace entre Dios y el alma en la sagrada mesa es como el de las aguas de lluvia que caen en una

fuente. Quedan tan unidas que ya no hacen más que una misma agua. O como las aguas de un río que desembocan en el océano. O como los rayos de la luz que, entrando en un aposento por dos ventanas, se mezclan tan perfectamente que ya no son más que una sola luz.

El segundo fruto es que la comunión nos *transforma en Dios:* «A cuantos le han recibido, Jesucristo les ha dado la virtud de ser hijos de Dios», dice el evangelista S. Juan. Y el apóstol S. Pablo: «Venimos a ser el cuerpo de Jesucristo y miembros de sus miembros. Decíamos más arriba citando a San Cirilo que en la comunión nos hacemos concorpóreos y consanguíneos de Cristo.

«Dios, dice S. Agustín, se ha hecho hombre a fin de que el hombre se hiciese Dios, y a fin de que el hombre comiese el pan de ángeles, el Señor de los ángeles se hizo hombre».

Lo propio de este sacramento, dice Santo Tomás, es transformar al hombre en Dios y hacerle semejante a El. Porque, si el fuego tiene la virtud de cambiar en sí cuanto se le junta, y comunicarle su fuerza y perfección, después de haber destruido cuanto pudiera ser contrario a su naturaleza, ¡cuánto más hará eso mismo este fuego devorador de la divinidad, y consumirá todo lo que halle de impuro en nuestras almas y las hará semejantes a sí!

Por la Encarnación del Verbo, la naturaleza divina se unió de tal modo a la naturaleza humana que no hay en las dos naturalezas más que una Persona.

Ahora bien, a este honor supremo, a la participación de una alianza tan santa, tan perfecta, tan sublime, tan excelente y divina estamos llamados, por decirlo así, por la Eucaristía. Porque la palabra de Dios y la teología nos enseñan que Jesucristo ha instituido este sacramento para extender, dilatar y consumar en nosotros el misterio de la Encarnación. En efecto, estando la divinidad unida a su cuerpo sagrado por la unión hipostática, que es una unión sustancial, personal, y estando unido su cuerpo al nuestro, no hipostáticamente, pero sí íntimamente y admirablemente por la comunión, nuestro cuerpo está unido a la divinidad ya desde esta vida por el intermedio de la carne sagrada de Jesucristo.

Hay una cadena única, admirable, preciosa por encima de toda estima y todo valor, por la cual el Padre Eterno enlaza y une desde esta vida el cuerpo terrestre y mortal de los hombres a la esencia suprema de la divinidad: cadena compuesta de tres anillos eslabonados entre sí. El primero es el asiento esencial y sustancial de la divinidad del Padre en la Persona del Hijo por la generación eterna. El segundo es el asiento sustancial y personal del Hijo en el cuerpo del Hijo, en el cuerpo de Jesucristo, por la Encarnación. El tercero es el asiento sustancial y corporal del cuerpo deificado de Jesucristo en nuestros cuerpos por la Eucaristía. Así, por algunos grados y escalones, estamos unidos sustancialmente a la esencia de Dios aun desde esta vida: unión tan grande que no puede suplirse en este mundo por ningún sacramento.

Pero para mí, este maravilloso fruto de la comunión, es decir, la unión íntima con Jesucristo, resalta de un modo más sublime en las mismas palabras que el Señor dijo a los Apóstoles, según lo refiere San Juan en el capítulo 6, 58 de su Evangelio: «Como me envió mi Padre vivo y yo vivo por mi Padre, el que me come, también vive en mí». Palabras estupendas que nos debieran anonadar por una parte si supiéramos penetrar bien su sentido, y despertar por otra en nuestros corazones un hambre insaciable de comulgar. Porque esas palabras quieren decir: «Así como el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios, de suerte que el Hijo, por esta generación, es un Dios con su Padre, vive en El y por El y es sabio y santo, todopoderoso e infinito como El y con él El tiene un mismo sentir y querer y obrar en todas las cosas, así también, el que come a Cristo en el Sacramento, en virtud de esta comida, recibe por participación el ser y la vida de Cristo, con sus perfecciones y virtudes y la conformidad en el sentir y querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con El y pueda decir aquello de San Pablo: «Vivo yo, ya no yo, sino Cristo vive en mí». Es decir, seremos lo mismo que Jesús, seremos otros Jesús.

Tercer fruto. Remisión de los pecados veniales. Jesucristo quiere ser recibido en este Sacramento «como antídoto que nos limpie de nuestras culpas cotidianas», dice el Concilio de Trento. Y no sólo se

remiten las culpas veniales *ex opere operantis*, en cuanto nos excita el sacramento por su misma naturaleza a actos sobrenaturales de dolor y de caridad, sino también *ex opere operato*, supuesta siempre la debida disposición para quitar el óbice, aunque no sea tanta que baste de por sí a perdonar los pecados veniales. Porque la Eucaristía se ordena a la perfecta unión con Cristo por la caridad; ahora bien, a esta perfecta unión se oponen los pecados veniales.

Cuarto fruto. Preservación de pecados mortales.

Lo hace la Eucaristía positiva y negativamente: a) Derramando en el alma abundante gracia que siempre nutre y fortalece al alma sin dejarla languidecer. b) Deleitando al alma con espiritual deleite haciéndola menos sensible a las tentaciones. c) Ahuyentando al demonio. La Eucaristía es recuerdo y señal de la Pasión de Cristo, a cuya vista y recuerdo huyen los demonios. d) Infundiendo una luz más especial, mediante la cual las malas inclinaciones se amortiguan. e) Disminuyendo el fómite, debilitando los malos movimientos de la carne y excitando los contrarios.

Quinto fruto. Templa el fómite de la concupiscencia.

Este efecto lo produce la Eucaristía, no sólo en cuanto da gracia para vencer las tentaciones y por medio del fervor de la caridad eleva el alma y así disminuye mediata e indirectamente los movimientos de la concupiscencia, sino también, al menos más

probablemente, porque directa e inmediatamente enfrena la concupiscencia y la disminuye. En efecto, por la Eucaristía, por la comunión, nuestro cuerpo, por la íntima unión con la carne de Jesucristo, de tal manera se santifica, que El lo considera como suyo y como unido a sí con cierta afinidad y, por consiguiente, lo ama, protege y defiende con especial amor para hacerlo más conforme a sí. Pero como los malos movimientos de la carne son tan contrarios a tal unión con Jesucristo, se sigue que por la Eucaristía se enfrenan y disminuyen.

Se enfrenan y disminuyen porque el fómite no se extingue jamás, si no es por algún otro especial don o especial Providencia.

Sexto fruto. Fervor de la caridad.

Se entiende cierta excitación o propensión a las cosas espirituales; cierto ardor de caridad en cuanto nos sentimos atraídos hacia Dios, obramos con fervor los deberes de la vida cristiana y despreciamos las cosas mundanas. Es claro que tal fervor es propio de la Eucaristía, puesto que por su naturaleza, este venerable Sacramento se endereza a la perfecta unión con Jesucristo por la caridad.

Séptimo fruto. Dulzura y deleite espiritual.

«Gustad y ved cuán suave es el Señor». Y también: «Su pan es sabroso y hará las delicias de los reyes».

Como el pan material no sólo nutre sino también deleita, así este alimento espiritual llena el alma de

dulzura y deleite. Dulzura y deleite que consisten en que el que comulga, no sólo lleva pacientemente los trabajos de esta vida, sino de buena voluntad y con alegría; en que se siente un amor especial a Jesucristo; amor que le da gozo y dulzura. Por parte del sacramento este efecto *es infalible*, a no ser que haya obstáculo en el sujeto. Y a veces esa dulzura redunda en los sentidos. Y ese deleite espiritual de que se habla, no se ciñe al tiempo preciso en que Jesucristo está en el estómago; se reserva también alguna vez para otro tiempo más oportuno, siempre que se haya comulgado bien.

Octavo fruto. Unión con nuestros prójimos.

La Eucaristía se llama comunión por cuatro razones: a) Porque la Eucaristía es una mesa y un manjar común a todos los fieles. b) Porque recibimos y participamos un mismo alimento: el cuerpo de Jesucristo. c) Por la razón que da San Pablo: «Así, aunque muchos, no somos más que un solo pan, un solo cuerpo; porque todos participamos de un solo pan. El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Jesucristo? Y el pan que rompemos, ¿no es la comunión del cuerpo de Jesucristo?». d) La Eucaristía, uniéndonos a Jesucristo, nos comunica a todos y a cada uno, la sangre, la Pasión y los méritos de Jesucristo.

La unión de los fieles entre sí por la sagrada comunión, la prueba así S. Cirilo: «Mi cuerpo, dice, está unido al de Jesucristo por la comunión; el cuerpo de Jesucristo está unido al de mis hermanos;

luego mi cuerpo y el de mis hermanos están realmente unidos en este sacramento de amor».

Y San Juan Crisóstomo: «Como el cuerpo de Jesucristo es indivisible, no tomas tú una parte de El y yo otra, sino que tú y yo lo tomamos todo entero, y así, teniendo todos al mismo Dios dentro de nosotros mismos, ya no somos más que un mismo cuerpo.

La sagrada comunión es el lazo de la caridad con nuestros semejantes, porque recibimos al mismo Dios que nos ha dicho: «Si alguno, al ofrecer su sacrificio en el altar se acordare...». (Mat. 5, 23-24). Y aquellas palabras: «Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os aborrecen...». O aquellas otras: «No tenéis más que un Señor y vosotros todos sois hermanos».

Hermoso y conmovedor espectáculo el de la Sagrada Mesa. Perfecta igualdad; nada de distinción entre ricos y pobres, grandes y pequeños, fuertes y débiles, señores y esclavos. Todos se presentan, unos al lado de otros y reciben el mismo manjar. De modo que ya no hay sino una sola familia, la familia de Dios, la familia de la Iglesia.

Aun hoy se pueden traer ejemplos de esta fuerza de unión que tiene la Eucaristía entre los fieles de la Iglesia católica. En el Congreso eucarístico de Rennes, en 1925, un ponente expuso el siguiente caso. En una fábrica cristiana se declara una huelga. Patronos y obreros, todos de buena fe, se niegan a un arreglo. El domingo siguiente a la declaración de la huelga, varios delegados del sindicato cristiano

se encuentran en la mesa de comunión junto al patrono, su señora e hijo que habían venido a recibir la comunión. Esta presencia simultánea los conmueve. ¿Cómo? ¿Alimentados con la misma carne de unidad, no se había de llegar a un acuerdo? Una entrevista, una conversación cordial y, por fin, un acuerdo completo. La comunión había restablecido la unión. Cuánto mejor se arreglarían así los conflictos sociales que con la lucha de clases.

Noveno y décimo fruto. Es prenda y arras de la vida eterna.

Así como el alimento natural se endereza a llevar al hombre al estado perfecto, así el alimento espiritual o eucarístico se ordena al aumento de la gracia para que, de suyo, lleve al hombre al estado perfecto y consumado de la gloria. Así que la obtención de la gloria no es sólo efecto común de la Eucaristía como también de los demás sacramentos en cuanto que todos ellos confieren la gracia y por lo mismo dan derecho a la gloria, sino que es un efecto propio y peculiar de este Sacramento en cuanto se concede al que comulga *por especial título* una prenda de la futura gloria, pues la Eucaristía por su naturaleza, en cuanto es manjar, se ordena a dar la consumación de la gracia.

Es, además, una preparación y prenda de la resurrección gloriosa: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y yo le resucitaré en el último día». Claro que condicionalmente, es decir, si morimos en gracia. La carne del que comul-

ga, se hace en algún modo una carne con la carne de Jesucristo, por la íntima unión de ambos. De modo que por el contacto con la santísima carne de Jesucristo se transforma como en una semejanza suya, y, así como el cuerpo de Jesucristo glorioso resucitó del sepulcro, así también la carne del que comulga que hace conformarse a El como a su ejemplar, resucitará incorruptible y glorificada.

De modo que de la misma Eucaristía, como instituida por Jesucristo, nace en el cuerpo que la recibe cierto título especial y congruencia a la misma resurrección de Jesucristo. Pero no se trata aquí de cierta como cualidad física que queda en nuestro cuerpo a modo de semilla que sea como raíz de la futura resurrección.

Undécimo fruto. Da más hambre.

Entre los frutos de la sagrada comunión, creo yo se puede añadir uno muy peculiar suyo y es que este Santísimo Sacramento atrae con fuerza irresistible, enamora, por decirlo así, a las almas, y se cumple lo que leemos en el libro de la Sabiduría: «Los que me comen, tendrán aún más hambre. Los que me beben, tendrán aún más sed». Porque es maravilloso el deseo ardiente en que viven muchos devotos de la Eucaristía, aun niños, de comulgar todos los días, o de consumir horas enteras ante el sagrario adorando este divino Sacramento. Haría falta dar un recorrido a todo el martirologio para presentar al lector una lista de enamorados de la Eucaris-

tía. Trabajo dulce, pero que rebasaría los límites a que ha de ceñirse este humilde opúsculo.

Pero agradará a los devotos eucarísticos recordar algunos nombres de enamorados del augustísimo misterio.

San Pedro Julián Eymard fue Fundador de los sacerdotes del Santísimo Sacramento. Fundó también las siervas del Santísimo Sacramento. Su devoción a la Eucaristía empezó a manifestarse en él desde muy niño. A los seis años, una mañana, su hermana Mariana, que acababa de comulgar, lo puso sobre sus rodillas, y él se recostó sobre ella diciendo: ¡Oh, exhalas perfume de Jesús!

Nuestro Beato Juan de Avila fue un santito desde niño y su devoción al Santísimo Sacramento muy precoz. Pero quien quiera persuadirse hasta dónde llegó, que lea sus sermones en los que, al hablar del Santísimo, parece respirar fuego.

En Santa Micaela del Santísimo Sacramento, aun siendo dama del gran mundo, era incontenible su ansia de comulgar; pero lo que llama la atención es que Dios se la llenaba y premiaba, pues en medio de sus viajes, de sus ocupaciones, sus contratiempos, que parecían hacer imposible o dificultosísima la comunión, al fin, todas las dificultades se resolvían y la santa acababa por comulgar.

¿Y Santa Rafaela María del Sagrado Corazón de Jesús, Fundadora de las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús?

¿Y San Antonio María Claret, que recibió del

Señor el estupendo favor de conservar siempre en su pecho las especies sacramentales consagradas?

¿Y el gran enamorado de la Eucaristía, San Luis Gonzaga, que empleaba los días de la semana en prepararse para comulgar y en dar gracias por haber comulgado?

¿Y cómo omitir aquí el nombre del angelical San Estanislao de Kostka, cuyas ansias eucarísticas colmaron los ángeles del cielo por dos veces, trayéndole la comunión una vez en casa de un luterano en la capital austriaca y otra en un templo protestante en el viaje de Viena a Roma?

Termino con un episodio familiar. Mi padre, víctima de un cáncer en el esófago, se sentía afligidísimo porque en su última hora no podía comulgar. Hízose, al fin, una prueba: pudo ingerir una media hostia consagrada y murió feliz.

Antes de terminar esta parte quiero responder a una pregunta: —¿Y cuánto tiempo duran las especies sacramentales incorruptas en el estómago del que comulga?

Depende de la fuerza digestiva del individuo, de su estado normal o enfermizo; de que esté vacío o no el estómago.

Consta modernamente que no es tan corto el tiempo como se creía, y más si se trata del pan, en que permanecen incorruptas las especies.

Capellman cree que media hora es el mínimo que se puede pedir para que conste de la corrupción completa de las especies de pan. Y el Cardenal Gaspa-

rri refiere el testimonio de dos médicos que, después de maduro examen, opinaron que se requiere por lo menos media hora para que se corrompa una hostia pequeña y, por lo menos, una hora para que se corrompa una hostia grande como la que sume el sacerdote en la misa; y añadió un médico que en estómagos enfermos de fiebres pueden encontrarse fragmentos incorruptos aun después de dos o tres horas. (Capello. *De sacram*. vol. I).

TERCERA PARTE

LA SANTA MISA

La mejor oración.

Cuando allá en las Misiones queríamos exhortar a los cristianos a que hicieran oración, les solíamos decir que los cristianos se diferenciaban de los paganos en que éstos no oraban; los cristianos, sí.

Perdidos en aquella inmensa masa pagana, en el interior de China, paganos y cristianos viven formando una sociedad en la que apenas hay templos católicos, ni sacerdotes, ni se guardan las fiestas, ni se da a Dios el culto de adoración que le es debido. El cristiano no puede oír misa, como no la oyen los paganos; el cristiano no puede guardar el precepto de no trabajar los domingos, como no lo guardan los paganos; el cristiano no puede menos de vivir aquel ambiente material y terreno de ausencia de Dios en que viven los paganos.

Pero el cristiano cree en Dios, el cristiano le adora. El cristiano reza. He ahí lo que le distingue de los paganos.

Es que el que cree en Dios debe adorarle, debe rezar. Es un deber. Iba a decir que para un fervoroso cristiano es una necesidad.

Y no nos vengan a decir esos espíritus fuertes que miran con desprecio la oración, que ésta es completamente inútil porque Dios sabe de antemano todo cuanto necesitamos y cuanto deseamos para nuestra felicidad. Claro que lo sabe, pero es claro también que no quiere, de ordinario, concedernos las gracias que necesitamos si no se las pedimos.

Además, esa dificultad encubre un concepto equívoco que muchas veces tenemos de la oración. Como si la oración consistiese sólo en pedir. ¿Qué gracia pides a Dios cuando dices: Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo? ¿O cuando dices sencillamente: « ¡Qué bueno sois, Dios mío! »? ¿O cuando exclamas: «Bendito sea el Santísimo Sacramento del Altar»? ¿O cuando te confundes delante de Dios y gimes diciendo: «Soy pecador, Señor, y merezco el infierno»? ¿O cuando le agradeces sus beneficios con estas o semejantes palabras: «Gracias, Dios mío, por los beneficios que me habéis hecho y me hacéis sin cesar»?

De donde orar no es solamente pedir cosas a Dios. Oramos cuando le alabamos, oramos cuando nos humillamos, cuando reconocemos a Dios como a Padre, como a nuestro bienhechor. Hay oración de petición, pero también hay oración de alabanza, de acción de gracias, de reconocimiento de nuestra indignidad, de santos deseos.

Todos estos modos de orar implican, de nuestra

parte, una fe viva, un reconocimiento profundo de la grandeza de Dios, de su dominio sobre todas las criaturas y de la obligación que tienen todas ellas de alabarle y de adorarle.

Siendo, pues, la oración para todo cristiano una obligación grave y para un cristiano fervoroso casi una necesidad, como antes he insinuado, preguntará alguno: ¿Cuál será la oración mejor, la que más agrada a Dios Nuestro Señor, la que más le honre y la más eficaz para que alcancemos las gracias que necesitamos para nosotros o para los demás?

Digámoslo de una vez.

La mejor oración de todas es la santa misa.

Quizás no lo habíamos pensado bien. Miremos la conducta de la Iglesia. La Iglesia quiere que oremos, pero tratándose de determinar qué oraciones hemos de rezar, no nos da sino un consejo general: «Rezad». Rezad el Padre Nuestro, rezad el rosario, rezad otras devociones. Pero respecto a la misa nos impone un precepto grave, y nos manda que oigamos la santa misa todos los domingos y fiestas de guardar, a menos que no nos lo impida algún obstáculo o impedimento grave. Pues bien, la misa es la mejor oración por dos razones:

La oración más grata al Señor.

1.ª *En la misa ofrecemos a Dios algo que le es infinitamente agradable: su benditísimo Hijo.*

Si cuando vamos a pedir algo a un personaje importante: al rey, al Jefe del Estado, se lo pedimos

en nombre de un ministro, de un íntimo amigo del rey, tenemos alguna confianza de poder conseguirlo. Pero si se lo pedimos en nombre de su hijo, más; si conseguimos que su mismo hijo abogue por nosotros recordándole los servicios insignes que le ha prestado, entonces, el buen despacho de nuestra oración es segurísimo.

Pues bien, por la misa ponemos delante del Eterno Padre lo que Jesucristo ha hecho por nosotros y por su gloria ,y, sobre todo, aquella suprema prueba de amor con que sacrificó su vida por obedecer a su Padre y salvarnos a nosotros. Por eso, la santa misa es la mejor oración, la más grata que podemos hacer ante la presencia de Dios.

2.ª Pero hay más. *La santa misa es, además, la oración más eficaz para el logro de todos nuestros deseos.*

La oración es el acto propísimo del culto debido a Dios y el que todas las criaturas racionales le deben por su infinita majestad y sus infinitas perfecciones.

¿Queremos dar a Dios ese culto, esa adoración que le satisfaga plenamente a pesar de nuestra pequeñez? Pues oigamos bien la santa misa. Ofrezcamos a Dios con el sacerdote el sacrificio de la santa misa. Todo sacrificio ofrecido a Dios en gracia tiene ese carácter de adoración que se llama latréutico. Pero el de la santa misa supera infinitamente a todos los demás y por eso agrada a Dios infinitamente más que ningún otro.

¿Queremos dar gracias a Dios por algún gran beneficio que nos acaba de hacer, o por todos los que nos ha hecho en nuestra vida? Es un deber y Dios exige que seamos agradecidos. Pues oigamos bien la santa misa. Mandemos decir una misa. No hay canto de gracias que tan bien resuene a los oídos de Dios como una misa.

¿Estamos arrepentidos de nuestros pecados? ¿Queremos hacer penitencia, ofrecer a Dios alguna obra de expiación y de satisfacción, como es justo que lo hagamos todos porque somos pecadores? Hagamos penitencia, ayunemos, castiguemos nuestro cuerpo, mortifiquémonos, sí, pero sobre todo oigamos la santa misa; ofrezcamos a Dios el sacrificio de la santa misa para que nos perdone nuestros pecados y las penas que debemos por ellos. Una vez recibida la absolución sacramental, no podemos hacer cosa mejor que oír la santa misa. Dios ratificará, sumamente complacido, el perdón pronunciado por su ministro en el tribunal de la Penitencia.

¿Tenemos muchas necesidades espirituales o materiales? ¿Hemos rezado mucho? ¿Hemos hecho muchas novenas? Todo eso está bien; pero ninguna oración tiene delante de Dios tanta fuerza de impetración como la santa misa.

Sea, pues, esta la conclusión: que la santa misa es el mejor modo de adorar a Dios y de darle gracias y de expiar nuestros pecados y la oración más eficaz para alcanzar de Dios muchos beneficios.

Para más profundo conocimiento y aprecio de la santa misa, no parece inoportuno puntualizar aquí

algunos conceptos acerca de la naturaleza del sacrificio en general.

Sacrificio es oblación de algo que se destruye e inmola en reconocimiento de la soberanía de Dios sobre todas las criaturas, hecha por un ministro legítimo.

En sentido más lato todo acto interno o externo, practicado en honor de Dios y con el fin de dirigir el espíritu hacia El, se puede llamar también sacrificio.

Dios lo ha exigido siempre del hombre.

En la ley antigua, el pueblo escogido tenía señalados y tasados los sacrificios que había de ofrecer a Dios, como se puede ver en los libros del Génesis, Exodo y Levítico. Es notabilísima la descripción que se lee en el libro primero de los Reyes, de las solemnísimas fiestas que celebró Salomón en la dedicación del templo que edificó en Jerusalén. Dice, pues, el sagrado texto que el rey y todo Israel con él inmolaban víctimas ante el Señor. Y que las víctimas que sacrificó fueron 22.000 bueyes y 120.000 ovejas.

Todos aquellos sacrificios eran figura del que, andando los siglos, se había de ofrecer a la divina majestad, y sólo en atención a él, eran aceptos a Dios.

La idea de este acto de religión la ha impreso Dios en los corazones de todos los pueblos. Y lo han practicado constantemente. Sólo que el hombre, desprovisto de la luz de la fe, ha caído en monstruo-

sas aberraciones, y los sacrificios ofrecidos a las divinidades se han convertido a veces en horrendos crímenes que la pluma se resiste a relatar.

Quien quiera cerciorarse de esto, no tiene más que leer una página de la *Historia de Méjico* del P. Mariano Cuevas, S. J. (tom. I, cap. III). Los indios tenían dividido el año en catorce meses. Sus idolatrías al comienzo de cada uno de ellos iban siempre acompañadas de sacrificios humanos. En los primeros cuatro meses, hasta que sus dioses les concediesen la lluvia, los sacrificios eran de niños; en los demás, de hombres, mujeres y esclavos. Sólo en la ciudad de Méjico se sacrificaban unos 2.000 seres humanos y unos 100.000 en todo Méjico. Este número se explica por las guerras continuas en que vivían con sus vecinos y el crecido número de esclavos que caían en sus manos, a los cuales destinaban al sacrificio. Fue notabilísimo y horrendo el que tuvo lugar en Méjico el año 1487, veinticinco años antes de la conquista. Los presos que habían de ser sacrificados, fueron colocados en cuatro grandes hileras como de una legua cada una, que arrancaban de cuatro sacrificaderos, dispuestos para otros tantos señores que habían de sacrificar. Duró aquel espantoso sacrificio cuatro días, desde la mañana hasta la puesta del sol, y murieron, según algunos cronistas, 80.400 hombres. Otros rebajan esta cifra a 20 ó 24.000.

Volvamos los ojos a este otro sacrificio, del que nos estamos ocupando y del que dijo el Profeta: «Desde el oriente al ocaso es grande mi nombre

entre las gentes, y en todo lugar se sacrifica y ofrece a mi nombre una oblación pura».

La santa misa es verdadero y propísimo sacrificio que se ofrece a Dios. Tiene estas propiedades:

1.ª Es el mismísimo sacrificio de la cruz, si se considera la víctima que en la misa se ofrece. Porque lo que en la misa se inmola y se ofrece es Jesucristo: el que ofrece el sacrificio es Jesucristo, por ministerio de los sacerdotes. Las mismas diferencias que hay entre el sacrificio de la cruz y el sacrificio de la misa son admirables y deben excitar nuestra estima.

2.ª En la cruz Jesucristo era todavía pasible y mortal; en la misa, se ofrece impasible e inmortal.

3.ª En la cruz, Cristo sólo era el sacerdote que se ofrecía visiblemente; en la misa, el sacrificio se ofrece visiblemente por los sacerdotes, ministros suyos, a quienes ha distinguido con tan estupendo favor.

4.ª En el sacrificio de la cruz, su fin y su efecto fueron el mérito y satisfacción para efectuar la obra de la Redención; en la misa, el fin y el efecto son la aplicación del mérito y satisfacción consumados en la cruz.

El sacrificio de la cruz se ofreció solo una vez; el de la misa se ofrece sin interrupción todos los días.

El sacrificio de la cruz se ofreció en Jerusalén; el de la misa, se ofrece en todo el mundo. La tierra es, por decirlo así, un inmenso santuario en el que el cordero viviente se inmola sin cesar en miles de altares (1).

El sacrificio de la cruz se realizó en pocas horas; el de la misa lleva ya veinte siglos de duración y durará hasta el fin de los siglos.

Frutos de la misa.

De los efectos de la misa, propios de todo sacrificio: latréutico, eucarístico, impetratorio y satisfactorio, dijimos algo al principio del capítulo. Estos efectos los produce la misa ex *opere operato*, aun el impetratorio y el satisfactorio, si se considera el sacrificio como acción del mismo Jesucristo. En cuanto es acción de la Iglesia, esto es, puesto en su nombre, la misa es sólo impetratoria.

Como sacrificio impetratorio: gracias de conversión... de victoria en las tentaciones... protección de Dios... bienes temporales; y como satisfactorio: perdón de pecados, liberación de males espirituales y temporales, produce sus efectos inmediatamente e infaliblemente.

Qué hacer durante la misa.

¿Qué hacer después de la misa, teniendo a Jesús dentro de mi pecho? *Adorarle en silencio - Escuchar - Hablarle - Obrar*. En mi pecho laten dos

(1) P. Chaignon, S. J.

corazones: el de Jesús y el mío. Ambos han de latir al unísono: el uno por el otro; el uno en el otro. El me mirará, yo le miraré... (1).

Además, la misa hay que oirla bien. Desde la reforma de la nueva Liturgia, la Iglesia no cesa de recomendar a los fieles que de tal manera asistan al Santo Sacrificio, no como extraños y mudos espectadores, sino conscientes del acto transcendental que obran en unión del sacerdote. No olviden que éste, en cierta parte de la misa dice dirigiéndose al pueblo: «Rogad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable ante Dios Padre omnipotente».

---

(1) *Ma Messe*. De unas notas escritas por un sacerdote muerto durante la guerra de 1914, publicadas por Mgr. Lancy, Obispo de Meaux.

CUARTA PARTE

PERLAS EUCARISTICAS

Otro Cristo.

Se suele decir, y lo hemos recordado en estas páginas, que este manjar divino tiene la virtud de transformar en sí a aquél que lo come. Al revés de los alimentos materiales, que son transformados por el que los come.

Tres razones explican bien este fenómeno.

La primera se funda en la naturaleza de nuestro amor.

El amor suele hacer que el amante se haga una cosa con el amado. Se pierde, se deshace para convertirse en el amado. Piensa como él, obra como él, vive como él; ya no es él, sino aquél que ama. Así lo dijo el Apóstol: «Vivo, pero no yo, sino Cristo vive en mí».

La segunda razón se funda en la virtud preponderante de uno de los elementos que se unen.

Una gota de agua echada en un vaso de vino, se convierte en vino. Así la inmensidad de la dulzura y virtud de Jesucristo uniéndose al corazón pobre y pequeño del hombre, lo transforma en él. Además, por la ley de las asimilaciones, cuando dos elementos se unen y se compenetran, el más enérgico, el más vital, vence y se apodera del más débil. En la fusión de los pueblos, el más fuerte absorbe al más débil. El fuego devora la leña y la paja y cambia en fuego el metal sometido a su acción.

La tercera razón se funda en la virtud del injerto.

Cuando un brote se injerta en un árbol salvaje, hace producir a éste sus propios frutos. Así Jesucristo, injertado en esta pobre naturaleza, llena de miserias, le comunica su propia bondad de tal manera que, en su virtud, produzcamos las mismas hojas, flores y virtudes que produce El mismo (Terrien, *La grace et la gloire*, t. 2).

Vides y sarmientos.

«Yo soy la vid, vosotros los sarmientos». Con esta bellísima comparación quiso el Señor enseñarnos la unión estrecha que habíamos de guardar con El si quisiésemos producir buenos frutos dignos de vida eterna. ¿Qué es un sarmiento desgajado de la vid? Lo dice el mismo Jesús: nada, algo sólo apto para el fuego. Lo mismo nosotros: nada. Y añade el Señor: «Sin mí, no podéis hacer nada». Pero.

unidos a la vid, unidos a Jesús, produciremos frutos sabrosos al alma, agradables a la Santísima Trinidad.

Como Jesús.

Las personas se parecen unas a otras, o por las facciones del rostro, o por su temperamento, o por su modo de obrar, su conducta.

a) El Santísimo Sacramento suele hacer al alma por sus *facciones*, bella y refulgente. Un objeto cualquiera, si se sumerge en oro, se hace de oro; así el alma, sumergida en la sangre de Jesucristo, sale hermosa y pura con la misma hermosura con que los santos resplandecen en el cielo. Hermosura, no solamente interna, sino aun externa, corporal. Recuérdese lo que dijimos del secreto de algunos santos cuyo aspecto exterior, bello y atrayente, exhalaba por doquier reverencia y devoción.

b) *Temperamento, carácter.* El temperamento de Jesús, todo él, respira bondad, humildad y misericordia. Nadie negará que nuestro temperamento, nuestro carácter, suele ser fruto del medio en que vivimos y del trato de las personas con quienes tratamos. Del mismo modo, de la comunión frecuente y cotidiana resultará que, poco a poco, nuestro carácter se asemejará al de Jesús. Quien trata con gente rústica, se convertirá en persona rústica y sin modales. Quien trate con Jesús frecuente y fervorosamente, vendrá a asimilarse a El.

c) *Acciones, conducta.* Aquí no hay sino recordar aquellas palabras de Jesucristo: «Quien me come, vivirá por mí»; es decir, pensará, hablará y obrará como Yo.

La preciosa margarita.

El Santísimo Sacramento es la verdadera y preciosa margarita que el cristiano debe buscar con todo el afecto y fuerzas del alma. Porque, como lo hemos ponderado a través de estas páginas, esta preciosa margarita encierra en sí inestimables riquezas, en cuya comparación son estiércol las de todo el universo.

Pero hemos visto que esta preciosa margarita tiene la virtud de transformarnos en otras semejantes a ella. Y si esto sucediere con nosotros, brotaría una nueva y maravillosa relación entre nosotros y la Santísima Trinidad. Porque, una vez en el Jordán y otra en el Tabor, se oyó decir: «Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido». Ahora bien, si en la Eucaristía Jesús nos transforma y nos hace semejantes a El, la Santísima Trinidad, cuando benignamente mira al que comulga y contempla hermosísima la imagen de Cristo, podrá exclamar: «He ahí mi hijo amado, he ahí otro Jesús». ¡Oh gracia inefable, diremos con el Kempis, oh dignación admirable, oh amor inmenso con el que el hombre es tan extraordinariamente honrado!

La Virgen y la Eucaristía.

Entre el que comulga y la Virgen se da una triple y dulcísima relación.

1.ª Primeramente, porque en la Eucaristía existe una relación íntima entre *la carne de la Virgen y la carne de Jesucristo*. La carne de Jesucristo es carne de la Virgen, y la sangre de Jesucristo es sangre de la Virgen. Jesús nos dio a comer la misma carne de María para nuestra salvación, decía San Agustín. Y San Anselmo: La sangre que Jesús recibió de María se nos da todos los días en el Santo Sacrificio de la Misa. De donde, ¿qué otra cosa es comulgar sino establecer entre la Virgen y el que comulga un contacto íntimo y gratísimo a la Madre de Jesús?

2.ª En segundo lugar, porque el deseo de comulgar no es sino *desear aquello que la Virgen María deseaba más ardientemente después de la Pasión de Cristo*. Además, la vida de la Virgen fue vida de íntima unión con Cristo. En nada pensaba sino en Cristo. Nada amaba sino a Cristo. Y si, como muchos afirman, la Virgen comulgaba todos los días, entre aquel que comulga con frecuencia y la Virgen María, hay que decir que se efectúa un como parentesco espiritual estrechísimo de amor a Cristo.

3.ª En tercer lugar, *el oficio de María es llevar a las almas a Jesús*, «A Jesús por María». Pero las lleva mediante la comunión excitando en ellas el fervor y el deseo ferviente de comulgar.

4.ª Finalmente, *ningún espectáculo más grato a la Virgen puede darse* que el que ofrecemos al comulgar abrazados íntimamente a Jesús.

Eucaristía, gloria y purgatorio.

a) Apoyados en aquellas palabras de Nuestro Señor, de que quien come su carne y bebe su sangre tiene la vida eterna y le resucitará el último día, dijimos que, así como el cuerpo de Cristo resucitó glorioso del sepulcro, así nuestra carne, comulgando, resucitará glorificada e incorruptible conformándose a su ejemplar. Y añadíamos que de la misma Eucaristía, como instituida por Cristo, nace en el cuerpo del que comulga un título especial y cierta congruencia para la resurrección.

b) En cuanto al purgatorio, un piadoso autor (1) nos da la siguiente consoladora doctrina:

«Los defectos e imperfecciones en que con frecuencia incurren los cristianos: vanidad, impaciencia, amor propio, pueden ser perdonados y de hecho se perdonan cuanto a la culpa y a la pena por medio de la ferviente comunión. Lo que parece insinuar el catecismo del Concilio Tridentino, citando aquellas palabras de San Ambrosio que llama a la Eucaristía pan de todos los días para remedio de nuestras diarias enfermedades. Por eso, el que comulgue devotamente, y más si lo hace todos los días, puede esperar que no se prolongará mucho su purgatorio.

(1) Mgr. Hedley, *Eucaristía.* CII.

QUINTA PARTE

ACCION DE GRACIAS

"Mi amado para mí y yo para mi amado". (Cant., 2-16).

¡Mi amado para mí!

Tan para mí, que aquí os tengo dentro, hecho una cosa conmigo mismo.

¡Mi amado, mi amado! Pero ¿quién sois Vos, amado mío? Vos sois Dios, sois omnipotente, sois inmenso, sois infinitamente sabio, sois infinitamente hermoso, sois infinitamente bueno y amable...

Y Vos sois para mí. ¡Mi amado para mí! Vuestra omnipotencia para mí, vuestra inmensidad para mí, vuestra sabiduría para mí, vuestra hermosura para mí, vuestra bondad para mí, vuestra amabilidad para mí... ¡Oh dicha grande! ¿Qué me importa todo lo demás, pues tengo estrechado entre mis brazos a mi amado? ¿Qué me podrá engañar, ni seducir, qué me podrá llevar el corazón?

¡Mi amado, mi amado! Pero ¿quién es mi amado? Vos, amado mío, sois mi Padre. ¡Padre! ¡Padre! Quiero saborear esta dulcísima palabra; quiero deleitarme con ella. ¡Padre! Padre bueno, Padre amantísimo, Padre compasivo, Padre solícito, Padre pacientísimo, Padre perdonador, Padre misericordiosísimo...

Y Vos sois para mí. Para amarme, para sufrirme, para cuidarme, para perdonarme, para defenderme, para gobernarme, para santificarme, para salvarme...

¡Mi amado, mi amado! Pero ¿quién sois Vos, amado mío? Vois sois Jesús. ¡Jesús, Jesús, Jesús! ¡Oh qué miel! ¡Oh qué dulzura! ¡Oh qué suave música!

Y Vos, Jesús, sois para mí; para recrearme, para alentarme, para alegrarme. Vos sois Jesús. Sois mi Redentor, sois mi hermano, sois mi buen amigo, sois mi médico, sois mi maestro, sois mi consolador. Y Vos sois para mí. Para rescatarme, para amarme, para curarme, para enseñarme, para consolarme...

¡Mi amado para mí! ¿Qué más quiero? ¿Qué más busco? «Quid mihi est in coelo et a te quid volui super terram?» ¡Oh amado mío! ¡Oh Padre mío! ¡Oh Jesús mío! Dejadme que os abrace estrechamente... Que no os pierda, amado mío. Que no me separe de Vos nunca, nunca...

¡Yo para mi amado!

Yo para Vos, Jesús mío. Mi cuerpo para Vos, mi

alma para Vos, mi entendimiento para Vos, mi voluntad para Vos, mi corazón para Vos... Para acordarme sin cesar de Vos; para estudiaros, para conoceros, para amaros...

Mis ojos para Vos, mi lengua para Vos, mis oídos para Vos, mis pies para Vos, mis manos para Vos... Para hablar siempre de Vos, para gozarme oyendo hablar de Vos, para buscaros, para cansarme por Vos, para adoraros, para reverenciaros, para trabajar por Vos...

¡Yo para mi amado! En vida y en muerte para Vos. Para vuestro gusto, para vuestro placer, para vuestros planes, para vuestra gloria... Para ser vuestro instrumento, para ser vuestra víctima, para ser vuestro consuelo, para ser vuestra morada, para ser vuestro templo. Para Vos, por siempre jamás, para Vos...

¿Quién es Jesús Sacramentado?

Es Dios. Es hombre. Es hombre-Dios.

Es Hijo del Eterno Padre. Dios de Dios. Luz de Luz.

Verdadero Dios de Dios verdadero.

Consustancial al Padre. Figura de su sustancia.

Esplendor del Padre. Resplandor de la luz eterna.

Verbo divino. Verbo del Padre, lleno de gracia y de verdad.

El Primogénito de toda criatura.

El que nació de la boca del Altísimo, engendrado ante toda criatura.

Es aquel por quien todo se hizo. Es el templo en que habita la plenitud de la Divinidad.

Es el que encierra todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia.

Es el Deseado de todas las gentes. Es el Mesías prometido.

Es el Redentor del género humano. Es el Ungido, es el Cristo.

Es Jesucristo, el Hijo de María, el más hermoso entre los hijos de los hombres.

Es el grande, es el santo por excelencia.

Es amable, es admirable.

Es sapientísimo, es poderosísimo.

Es amantísimo, es pacífico, es Príncipe de la paz.

Es buen Pastor.

Es fortísimo, es mansísimo, es humildísimo.

Es obedientísimo, es dulcísimo, es afabilísimo.

Es hermano, es amigo, es esposo.

Es generosísimo, es dadivosísimo, es familiarísimo.

Es niño. Es niño encantador. Es el niño de Belén.

Es la gota de rocío, es la leche y miel que los cielos destilaron aquella noche feliz.

Es el parvulito de las profecías, festejado por los ángeles, anunciado por las estrellas, adorado por los magos, obsequiado por los pastores, y, ¡ay!, tan pequeñito aún, perseguido y buscado para la muerte por Herodes.

Es el pimpollo de Nazaret, es el carpinterito, es el doctorcito del templo, es el niño prudente que

pregunta y el niño sabio que responde con pasmo de los grandes doctores de la ley.

Es la flor primorosa que crece bajo la mirada de María; es el templo, es el cuerpecito santo que se robustece y se prepara para el sacrificio; es la perla preciosa que guardan con amor María y José.

Es el celoso de la gloria de Dios y de las almas; es el amigo de Juan, el humilde oyente suyo, el bautizado por él.

Es el pregonado, el ensalzado por el cielo, el agasajado, el Hijo querido del Eterno Padre, el Espirador del Espíritu Santo que mueve las alas sobre su sagrada cabeza.

Es el penitente, es el triunfador de Satanás, es el Rey y Señor de los ángeles que se honran viniendo a servirle en el desierto.

Es el predicador, es el taumaturgo, es el amparo de los pobres, el consuelo de los tristes. Es el bueno, el accesible a los sencillos, a los humildes.

Es compasivo, es perdonador.

Es trueno que increpa a los soberbios, es temible, es imponente, es contundente, es imperioso, es amo, es dueño absoluto del mundo, de la vida y de la muerte.

Es luz, es camino, es verdad, es vida.

Es vid, es árbol, es monte, es puerta.

Es convite, es pan, es vino, es hostia, es víctima, es sacrificio, es ángel, es sacerdote.

Es el Maestro, es el Señor, es el Hijo de Dios vivo. El odiado, el perseguido, el castigado, el crucifi-

cado, el resucitado, el glorificado, el que está sentado a la diestra de Dios Padre.

Es el amado. El amado de los niños y de las niñas inocentes. El amado de los fuertes, de los grandes, de los débiles, de los pequeños, de los ricos, de los pobres.

Es corazón, es amor, es llama, es fuego, es imán.

Es el lirio de los valles.

Es rosa, es planta, es agua, es fuente, es arroyo, es río, es mar...

Es dulzura, es miel, es néctar, es música, es júbilo, es esperanza, es piedad, es compasión.

Es aliento, es fuerza, es magnanimidad, es tesoro, es cielo, es premio, es corona de los santos.

Es mi padre, es mi amigo, es mi hermanito querido, es mi gloria, es mi grandeza, es mi amor, es mi esperanza, es mi escudo, es mi refugio, es mi consuelo, es mi dicha, es mi pensamiento, es mi obsesión, es mi riqueza, es mi todo.

Y lo que todo lo encierra y compendia en un nombre divino es JESUS, el Hijo de María: «No hay lengua que lo pueda decir, ni pluma que lo pueda expresar».

> Jesu, flos Matris Virginis,
> amor nostrae dulcedinis;
> tibi laus, honor nominis,
> regnum beatitudinis. Amen.

Jesús mío y todas las cosas.

¡Jesús! Jesús mío, mi Jesús. Oh qué dulce nom-

bre. Oh qué miel. Oh qué suave música. Oh qué júbilo del corazón. Cuando Vos estáis presente, qué dulcísimo cielo. Cuando Vos estáis ausente, qué duro purgatorio. Cuando Vos no habláis interiormente, no hay consuelo que satisfaga. Pero si Vos os dignáis decirme una sola palabra, qué dicha más imponderable. Estar sin Jesús es terrible infierno; estar con Jesús es dulce paraíso. Quien os halla, Jesús mío, ha hallado un gran tesoro. Quien os pierde, lo ha perdido todo.

Concededme, Jesús mío, la gracia de saber conversar familiarmente con Vos y la celestial prudencia de guardaros siempre dentro de mi alma.

Creo en Vos, Jesús. Confío en Vos, Jesús. Os amo, Jesús. Tengo sed y hambre de Vos, Jesús, sed de vuestra presencia, Jesús, sed de veros en el cielo, Jesús.

¡Mi Jesús! ¿Es posible? ¿Es posible que sea yo tan rico, tan dichoso, tan feliz, que sea mío Jesús?

Vos, Jesucristo, Hijo de Dios, sois mío. Me habéis sido dado por vuestro Eterno Padre «Sic Deus dilexit mundum...». De tal modo me ama Dios, que me da a su Unigénito Hijo para que sea mi salvación, mi redención, mi tesoro, mi maestro, mi hermano, mi amigo, mi esposo y todo mi bien. Vos Hijo de María, sois mío. Me habéis sido regalado por vuestra tierna Madre, para que converse y goce con Vos; para que converse y goce con Vos; para que os acompañe, para que os ame, para que os consuele, para que os oiga, para que os mire, para que os imite, para que

os alabe y bendiga sin cesar. Jesús, mi Jesús. Sed siempre el blanco de mis pensamientos y de mis amores; sed mi gozo, sed mi descanso y mi paz en la vida y en la eternidad.

¡Todas mis cosas! Vos, Jesús, sois para mí todo. En la oración, Jesús es mi todo. Si me visitáis, os bendigo; si me probáis, os bendigo también. Si venís, me alegro y os adoro. Si de mí os vais, sufro, os llamo, pero también os adoro. *Jesus meus et omnia!* No pienso más que en Jesús; no sé decir más que Jesús, no busco más que a Jesús y descanso y me harto teniendo a Jesús.

En el retiro y en el descanso, Jesús es mi todo. Me recojo por Jesús, descanso por Jesús. En el trabajo, Jesús es mi todo. Trabajo por Jesús, sólo por Jesús. No quiero mover pie ni mano, ni escribir, ni leer ni andar, ni hablar, ni respirar, si no es por Jesús. Si no es por Jesús, nada. Siendo por Jesús, todo. Jesús es mi todo en mis tristezas y alegrías. Si Jesús está presente, me alegro. Si Jesús está ausente, me entristezco. Quisiera llorar siempre por Jesús: De amor, si está presente; de dolor, si está ausente.

En la salud y en la enfermedad, Jesús es mi todo. Si estoy sano, para ser su instrumento; si enfermo, para ser su víctima. Sano o enfermo, quiero que mi vida sea un canto de alabanza perenne a Jesús. Y cuando muera, quiero que Jesús sea mi última palabra y con ella aceptar la muerte como una expiación y con ella hacer mi último acto de amor y con ella soltar las ataduras corporales y lanzarme a abrazar a Jesús.

Benedicite.

Bendito sea mi Señor Jesucristo, Dios y hombre verdadero, real y verdaderamente escondido dentro de mi pecho.

Bendito sea, Jesús mío, tu bondad infinita, bendita sea tu sabiduría infinita, bendito tu poder infinito que obra tantas maravillas para regalarme con este dulcísimo convite.

Bendito seas, Jesús Sacramentado. Bendita seas, hostia de salvación. Bendita seas, sangre purísima de mi Redentor. Millones y millones de alabanzas te canten sin cesar todas las criaturas.

Bendígante los Angeles y los Arcángeles, las Virtudes y Potestades y los Principados, los Tronos y las Dominaciones, los Querubines y los Serafines.

Bendígante los cielos y la tierra. Bendígante las estrellas del cielo. Quisiera, Jesús mío, ver escrito en cada una de ellas, bellísimo y resplandeciente, tu santísimo nombre; quisiera ver brillar, rutilante y deslumbrador, este canto de amor: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

* * *

Bendígante los relámpagos y las nubes del firmamento. Quisiera que al describir el rasgo fulgu-

rante que lo cruza de un extremo al otro, hiciese brillar en la oscuridad de la noche este lema santo: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

* * *

Bendígate el rocío de la mañana. Quisiera ver en cada gota dibujado tu nombre y escrito en letras de plata: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Bendígante los hielos y las nieves; el frío y el calor; las noches y los días. ¡Oh Jesús! quisiera que, al calor de tu amor, se derritiesen los hielos de los hombres sin amor, y se consumiesen, en cambio, amándote más y más, los que ya te aman, y que, en cada momento del día y de la noche no dejase de resonar en ningún rincón de la tierra, en los montes, en los valles, en las soledades, en los poblados, en las campiñas y en las ciudades este clamor de adoración al amor de los amores: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

* * *

Bendígante los mares con sus profundidades, con su inmensidad, con sus calmas y sus tempestades. Quisiera que su rugido ensordecedor llevara a todas las costas los acentos de este himno sagrado: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Quisiera que en sus dilatadísimos espejos azulados llevara escrito en todas las latitudes las mismas letras benditas: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Quisiera ver escrito este cántico celestial en las hojas de todos los árboles, en los pétalos de todas

las flores, en los brotes de todas las plantas. La creación es tu palacio, ¡oh Jesús!, y quisiera que todo él resonase sin cesar en todas las horas y en todos los momentos con este clamoroso afecto: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Bendígante los hombres, oh Jesús. Quisiera que los tres mil millones de criaturas racionales que pueblan el universo repitieran a cada respiración: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Bendígante los niños inocentes. Quisiera que su primer acto consciente fuese un acto de amor y sus primeras palabras un acto de adoración al Santísimo Sacramento del amor: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

Bendígante los que sufren. Quisiera que en cada suspiro de dolor te adorasen clamando: *Bendito sea Jesús Sacramentado.*

* * *

Bendígante los que predican tu fe y tu palabra. Quisiera que no cayese de sus labios el cantar perenne que iluminase las tinieblas del paganismo y encendiese con mayores incendios los pueblos que ya creen en Ti.

Bendígante los santos, los fervorosos amantes tuyos, los mansos, los humildes, los magnánimos, los fuertes, los obedientes. Quisiera que los corazones de todos fuesen hogueras de amor y de adoración a Ti, Jesús Sacramentado. Quisiera que sus amorosos afectos encendidos, juntamente con los de los ángeles, reparasen con creces la frialdad, la ingratitud de

los malos, de los tibios, y que por encima del cúmulo de pecados de los hombres, resonase sin cesar, vibrante, fervoroso, clamoroso, este grito de amor, adoración y reparación:

Gloria, alabanzas, honor y adoración a Jesús Sacramentado por los siglos de los siglos.

EPILOGO

LA SANTISIMA EUCARISTIA

Es misterio.
Es sacramento.
Es sacrificio.
Como misterio, se cree.
Como sacramento, se recibe.
Como sacrificio, se ofrece.
Se propone al entendimiento como misterio.
Se da al alma como alimento.
Se ofrece a Dios como homenaje.
Como misterio, anonada.
Como sacramento, alimenta.
Como sacrificio, redime.
Como misterio, humilla.
Como sacramento, esfuerza.
Como sacrificio, rescata.
Como misterio, es admirable.
Como sacramento, es deleitable.
Como sacrificio, es inefable.
Como misterio, es un portento.
Como sacramento, es un compañero.

Como sacramento, alimenta.
Como misterio, es impenetrable.
Como sacramento, es sabrosísimo.
Como sacrificio, es valiosísimo.

Como misterio... debo meditarlo.
Como sacramento... debo gustarlo.
Como sacrificio..., debo apreciarlo sobre todo.
Es misterio de fe. Debo creerlo.
Es sacramento de amor. Debo amarlo.
Es sacrificio de un Dios. Debo confiar en él.

Como misterio, se esconde ...Es oscuridad... Es el sagrario.

Como sacramento, alimenta... Es convite... Es la comunión.

Como sacrificio, se inmola ...Es víctima... Es la Santa Misa.

¡OH MISTERIO ADORABLE! El sagrario será mi refugio.

¡OH SACRAMENTO DULCISIMO! Comulgar será mi mayor deseo.

¡OH SACRIFICIO ESTUPENDO! La misa será mi devoción primera.

¡ADOREMUS IN AETERNUM SANCTISIMUM SACRAMENTUM!

INDICE

PRÓLOGO 5

PRIMERA PARTE. *Misterio.*

Lo que piensan los incrédulos 8
Lo que pensamos los creyentes 9
La Sagrada Escritura 11
Los Santos Padres 15
Los Concilios 17
Argumentos teológicos 19
Los herejes 22
Los milagros 23
Cómo está Jesús presente en la Eucaristía 23

SEGUNDA PARTE. *Comunión.*

Instrumento de santificación 31
Expresión de amor 32
Alimento espiritual 33
Amor inmenso y desinteresado 39
Frutos de la Sagrada Comunión 41

TERCERA PARTE. *La Santa Misa.*

La mejor oración 55
La oración más grata al Señor 57
Frutos de la Misa 63
Qué hacer durante la Misa 63

CUARTA PARTE. *Perlas eucarísticas.*

Otro Cristo ... 65
Vides y sarmientos ... 66
Como Jesús ... 67
La preciosa margarita ... 68
La Virgen y la Eucaristía ... 69
Eucaristía, gloria y purgatorio ... 70

QUINTA PARTE. *Acción de gracias.*

Mi Amado para mí y yo para mi Amado ... 71
¿Quién es Jesús Sacramentado? ... 73
Jesús mío y todas las cosas ... 77
Benedicite ... 79

EPÍLOGO ... 83